

**JORGE LUIS BORGES - ADOLFO BIOY CASARES**

# **Dos fantasías memorables**

## **Un modelo para la muerte**



se

«Cuando escribimos juntos —decía Borges—, cuando colaboramos, nos llamamos H. Bustos Domecq: Bustos era un bisabuelo mío y Domecq un bisabuelo de Bioy. A la larga, (Bustos Domecq) nos manejó con vara de hierro, y para nuestra diversión, y después para nuestra consternación, llegó a ser muy diferente a nosotros, con sus propios caprichos, sus propios chistes, su propia y muy elaborada manera de escribir».

Dos libros inspirados por él se

publicaron en 1946. Uno fue *Dos fantasías memorables*, bajo su 'propia' firma: el primer cuento, «El testigo», trata de una niña que tiene una visión aterradora; en cambio el segundo, «El signo», describe la visión reconfortante de un gastrónomo.

*Un modelo para la muerte*, por su parte, fue firmado por un discípulo —también ficticio— de Bustos Domecq. Fingía ser un relato policial, enmarcado en el universo del anterior *Seis problemas para don Isidro Parodi*: «... era tan personal, y tan lleno de bromas

privadas, que sólo lo publicamos en una edición que no estaba destinada a la venta. Al autor de ese libro lo llamamos B. Suárez Lynch. La B era, supongo, la de Bioy y Borges, el Suárez correspondía a otro bisabuelo mío y el Lynch a un bisabuelo de Bioy». El sello editorial, *Oportet & Haereses*, aludía al oporto y al jerez. «Al comienzo hicimos bromas, y después bromas sobre bromas, como en el álgebra; bromas al cuadrado, bromas al cubo... y al final abandonamos el juego que se volvía incomprensible...»



Jorge Luis Borges - Adolfo  
Bioy Casares

# **Dos fantasías memorables**

# **Un modelo para la muerte**

**H. Bustos Domecq - 2**

**ePub r1.0**

**jugaor 17.05.13**

Título original: *Dos fantasías memorables* y *Un modelo para la muerte*, publicados inicialmente bajo los seudónimos comunes de H. Bustos Domecq y B. Suárez Lynch, respectivamente

Jorge Luis Borges - Adolfo Bioy Casares, 1946

Ilustración: Sir John Tenniel (1820-1914), para *Alicia en el país de las maravillas*

Diseño de portada: Viruscat

Editor digital: jugaor  
ePub base r1.0





# **Dos fantasías memorables**

# El testigo

*Isaías, VI, 5*

—Dice bien, Lumbeira. Hay espíritus netamente recalcitrantes, que prefieren una porción de cuentos que hasta el Nuncio bosteza cuando los oye por milésima vez, y no un debate mano a mano sobre un temario que no trepido en calificar de más elevado. Usted abre la boca, que por poco se desnucan, para emitir un fallo fenómeno sobre la inmortalidad del cangrejo y antes que se le ganen las moscas le meten la

empanada de un cuento que si usted lo oye no lo pescan más en esa lechería. Hay gente que no sabe escuchar. Ni chiste, viejito, mientras me mando otro completo a bodega, que si no me apura voy a facilitarle un caso concreto que si usted no se cae de espaldas, será porque cuando le dieron vuelta el sobretodo usted estaba adentro. Por muy doloroso que sea reconocerlo (y me animo a hablar, porque de usted se dirá con toda justicia que ni bañado con pasta Johnston, pero no que no es argentino) hay que gritar como un destetado que en materia lombricidas la República ha dado un paso atrás que no contribuirá a

colocarla en una situación auspiciosa. Otro gallo me cantaba cuando mi yerno se infiltró bajo el ala del nepotismo en el Instituto de Previsión «Veterinarias Diogo» y, con una paciencia de preso, abrió una sólida brecha en el frente único que vuelta a vuelta no se dejaba de materializar a la sola mención de mi nombre. Es lo que siempre le repito al Lungo Cachaza (el Tigre de la Curia, usted sabe), hay cada atrabiliario que con tal de remover la mugre saca a relucir chimentones que tienen bien ganado su nicho junto al Tatú Gigante: historias que ya son del dominio público, verbigracia la vuelta que me

multaron cuando el decomiso de atún o aquel traspié de las partidas de defunción para la Maffia Chica de Rafaela. Ah, tiempos, me bastaba con apretar el fierrito de mi Chandler 6, para presentar un cuadro completo del despertador desarmado y reírme hasta quedar sin emplomaduras de los mecánicos de tierra adentro que acudían como moscas con el espejismo de poner en forma el carromato. Otras vueltas hacían el gasto los cuarteadores, que sudaban como sus patas para desatascarme del barro blanco cuando no de una banquina en proyecto. Aquí caigo y aquí levanto, yo sabía

arrastrarme en un circuito de ochocientos kilómetros, que no aceptaban los restantes colegas, ni con el cuento de participar en la tómbola de las obras del viejo Palomeque. Como avanzada del progreso que siempre he sido, mi cometido era pulsar blandito el mercado en vista de nuestro nuevo departamento que abarcaba el piojo de los porcinos y que no era otra cosa que nuestro viejo amigo el Polvo de Tapioca Envasado.

»Con el pretexto de la inexplicable enterecolitis que diezmó el acervo porcino en faja del sudoeste bonaerense, le tuve que decir chaucito al Chandler, a

medio recolectar en Leubuco y, confundido con la nube de energúmenos apalabrados para rellenarme hasta el punto de empaste con polvo de tapioca, pude formar en una de las cuadrillas veterinarias y ganar sano y salvo los perímetros de Puán. Mi lema siempre ha sido que zona donde el hombre al día es un luchador inteligente que da al porcino la medicina y el alimento racional que éste exige para su más elevado rinde en jamón libre de grasa y hueso (el Piojicida Diogo y la Cementina Vitaminizada Diogo, digamos) reviste a la primer ojeada contornos optimistas, alentadores. Sin embargo, como esta

vuelta no reportaría nada engrupirlo como a un miserable contribuyente, usted me creerá si le pinto con el brochazo más renegrado el cuadro que brindaba la campaña al observador atribulado, a la hora en que el ocaso se perdía entre los pajonales, por el hedor casi repugnante de tanto chancho muerto.

»Aprovechando que hacía un frío que a uno se le pasaba el umbigo, a lo que agregue usted el ambo de brin, menos el saco que un Duroc-Jersey se lo puso en los últimos estertores de la agonía y el guardapolvo disfraz que lo cedí, a cambio de un acarreo de mi persona en su camioneta rural, a un



agente de la Saponificadora Silveyra, que hacía su agosto cargando grasa de osamenta, me colé en el Hotel y Fonda de Gouveia, donde pedí un completo bien calentito que el sereno satisfizo, alegando que a todo esto ya serían las nueve pasadas, con una soda Sifonazo a una temperatura que resultaba francamente inferior. Trago va, chucho viene, me las compuse para sonsacar al sereno, que era uno de esos mudos que cuando se sueltan a hablar tienen más bocas que la desgranadora a plazos Diogo, la hora aproximativa del primer tren carreta a Empalme Lobos. Ya me entonaba de que sólo me restaban ocho

horas de santa espera, cuando un chiflón me dio vuelta como una media y era una hendija que se abría para que entrara ese panzón de Sampaio. No se mande la parte que no lo identifica a ese gordo, porque me consta que Sampaio no es delicado y se da con cualquier basura. Ancló en la misma mesa de mármol donde yo estaba tiritando y debatió media hora con el sereno las ventajas de un chocolate con vainillas *versus* un bol de caldo gordo, dejándose a las cansadas convencer en favor del primero, que el sereno, a su modo, interpretó sirviéndole una soda Sifonazo. Por aquel invierno Sampaio,

con un pajizo hasta el cogote y un saquito rabón, había encontrado un cauce proficuo para su comezón literaria y redactaba con letra firulete una listita kilométrica de criadores, invernadores y reproductores de cerdos, para una edición refundida de la Guía Lourenzo.

»Así, mientras acurrucados junto al termómetro nos castañeteaban los postizos, miramos ese recinto desmantelado y oscuro (piso de baldosas, columnas de fierro, el mostrador con la máquina del *express*) y recordamos tiempos mejores cuando pugnábamos por desbancarnos mutuamente ante la clientela y

andábamos por esos terragales de San Luis mascando tierra, que cuando regresábamos al Rosario la limpiadora de alfombras se atascaba. El gordo, por más que oriundo de la nación de no sé qué república tropical, es un panza relámpago y me quiso regalar el espíritu con la lectura de su elucubración en libretas; yo, los primeros tres cuartos de hora, me hacía el chiquito y mantenía a todo vapor el cacumen con la ilusión de que esos Ábalos y Abarrateguis y Abatimarcos y Abbagnatos y Abbatantuonos eran firmas que operaban dentro de mi radio de acción, pero muy pronto Sampaio se deschaveté con la

indiscreción de que eran criadores del noroeste de la provincia, zona interesante por la densidad demográfica, eso sí, pero desgraciadamente absorbida por la propaganda inocua y oscurantista de la competencia. ¡Mire que hace años que yo me lo sabía de memoria al gordo Sampaio y nunca se me había pasado por la testoni que ahí, entre tanta grasa, hubiera todo un plumífero de garra y fuste! Agradablemente sorprendido aproveché con toda agilidad el perfil ilustrado que iba tomando nuestro chamuyo y con una zancadilla que en su más garufiante juventud me envidiara el P. Carbone, desvié el temario hacia los

Grandes Interrogantes con la idea fija de zampar de cabeza a ese panzón valioso en la Casa del Catequista. Resumiendo *grosso modo* las directrices de una cartillita golazo del P. Fainberg, lo dejé mormoso con la pregunta de cómo el hombre, que viaja como un tren de ferrocarril entre una y otra nada, puede insinuar que son puro infundio y macana lo que sabe hasta el último monaguillo sobre los panes y los peces y la Trinidad. No se me quede dormido con la sorpresa, amigo Lumbeira, si le revelo que Sampaio ni tan siquiera izó bandera blanca ante ese rotundo mazazo. Me dijo más fresquito que un helado de

café con leche que en punto a trinidades nadie había pulsado como él las tristes resultas de la superstición y de la ignorancia y que era inútil que yo ensayara una sola sílaba porque *ipso facto* me iba a barrenar debajo de la peluca una vivencia personal que lo había estancado en la vía muerta del materialismo grosero. Don Lumbeira, le juro y le perjuro que para desatascar al gordo de ese proyecto quise tentarlo con la idea de echar un sueñito sobre las mesas de billar, pero el hombre recurrió al despotismo y me enjaretó sin asco este cuento que yo se lo pasaré ni bien reduzca, con unos buchecitos de feca,

las existencias de manteca y de miga que ahora me taponan la boca. Dijo, clavándome los ojos en la campanilla que yo se la mostraba con un bostezo:

»—No colija por estas actualidades (jipi en desuso y terno remendón) que siempre anduve redondeando circuitos donde se alterna la planada en que hiede el verraco con el hostel en que opila el conversante. Conocí tiempos galanos. Más de una vez ya le inculqué que mi cuna queda allá en Puerto Mariscalito, que siempre fue la playa novedosa donde acuden las niñas de mi tierra con la ilusión de capear la malaria. Mi padre fue uno de los diecinueve trabucos



de la cabildada del 6 de junio; cuando volvieron los moderados pasó, con todo el sector de los repúblicos, del grado de Coronel de Administración al de carterillo fluvial entre los aguazales. La mano que antes revoleara, temida, el trabuco de caño corto, ahora se resignaba a divulgar el lío lacrado, cuando no los sobres oblongos. Por de contado, le pondré en la oreja que mi padre no fue un postal de esos que se reducen a cobrar el sellado en limas, chirimoyas, papayas y cachos de frutales; antes hacía del destinatario pasivo un indio alerta y gananciero, que se allanaba a la adquisición regular de

toda suerte de baratijas a trueque de percibir la correspondencia. Cánteme usted, don Mascarenhas ¿quién fue el bisoño que lo auxiliaba en ese patriotismo? El niño de bigotes de manubrio que ahora le anoticia estos fidedignos. Mis primeros gateos fueron colgados del botalón de la piragua; mi primera lembranza, de un agua verde, con reflejos de hojas y espesura de caimanes, donde yo, a lo niño, rehusaba entrar, y mi padre, que era un Catón, me arrojó a lo súbito para curarme del miedo.

»”Pero esta panza con dos piernas<sup>[1]</sup> no era hombre para estarse *in aeternum*

engolosinando con baratijas al sencillo habitante de los bohíos; anhelé gastar las suelas en procura del paisaje-novedad, llámelo Cerro de Montevideo cuando no niña lunareja. Ganoso de postales colorinas para el álbum que siempre fui, aproveché una “captura recomendada” que me buscaba como a cosa buena y dije adiós desde la cala de un pescadero a los bonancibles llanos morados, a las verdes maniguas y a las moteadas tembladeras, que son mi país y mi patria, mi nostalgia bonita.

»”Cuarenta días y cuarenta noches perduró aquella travesía marítima entre pejes y estrellas, con paisajes a toda

policromía, que por cierto no olvidaré porque algún marinante de cubierta se dolía del pobre mareado y bajaba a contarme lo que veían esos exagerantes. Pero hasta el paraíso tiene coto y día llegó que me descargaron como tapete enrollado en la dársena de Buenos Aires, entre el polvillo del tabaco y la hoja del plátano. No le brindaré el cuadro alfabético de cuánta cesantía he cursado en mis primeros años de argentino, que si las pongo en fila no cabemos bajo estas tejas. Le haré una minucia, eso sí, de lo que pasó a cortina cerrada en la razón social Meinong y Cía., cuyo personal engrosé como

empleado único.

»”Quedaba el caserón al 1300 de la calle Belgrano y era una firma importadora de tabaco holandilla, que el exilado, al cerrársele de noche los ojos que encallecía la industriosa fatiga, se pensaba desterrando la hierba en los deseados tabacales de Alto Redondo. Había un escritorio a nivel, para encandilar a los clientes, y en el sótano teníamos el subsuelo. Yo, que en aquellos años mozos acusaba el activismo de mi juventud, hubiera dado todo el oro negro de Panuco para mudar de sitio tan siquiera una de las mesillas ratonas que la retina registraba a la

manderecha, pero don Alejandro Meinong me había vetado el cambio más nulo en la distribución y baraje del mobiliario, haciendo valer que era ciego y que de memoria transitaba por la casa. A él, que nunca me vio, ahora me figuro estar viéndolo, con sus anteojos negros que eran dos noches, barba de rabadán y piel de miga, sin embargo de una aventajada estatura. Yo no cesaba de repetirle: “Usted, don Alejandro, en cuanto las calores aprietan carga pajizo”, pero lo más cierto es que portaba un casquete de terciopelo, que ni para despertarse lo omitía. Bien lo recuerdo, tenía uno de esos anillos de

espejo y yo me rasuraba en su dedo. Le saco la palabra de la boca y la corro a la mía para decir que don Alejandro era, como yo, un grumo más del moderno mantillo inmigratorio, porque iba para medio siglo que no apuraba el porro de cerveza en la Herrengasse. Apilaba en el salón-dormitorio porción de biblias en todos los distintos idiomas y era miembro de número de una corporación de calculistas que buscaba el ajuste de las disciplinas geológicas a la cronología marginal que adorna la Escritura. Ya tenía abocado su capital, que no era una indigencia, a los fondos de esos orates, y gustaba iterar que a la

nieta Flora le emboscaba una herencia de más quilates que oro capote, u sea el amor a la cronología de la Biblia. Esa heredera era una niña entequé, de nueve años a más contar, de ojos con lejos, como si divisaran el piélago, rubia de pelo, con un estarse decoroso y suavito, como la silvestre lengua de vaca que quién no fue a coger en la madrugada por esas praderías y barrancos de Cerro Presidente. Esa niña, sin compañía de su corta edad, se contentaba oyéndome entonar, en ratos de asueto, el Himno Nacional del terruño, que yo lo acompañaba con pandero; pero bien dicen que no siempre está para monerías



el mono, y cuando yo bregaba con la clientela o me despachaba un descanso, la niña Flora jugaba al Viaje al Centro de la Tierra, en el sótano. Al abuelo estas expediciones no le placían. Porfiaba que había peligro en el sótano; a él, que se desplazaba como un correo por toda la casa, le bastaba bajar a lo oscuro para decir que le habían mutado el sitio de las cosas y que tenía la impresión de extraviarse. Para el entendimiento como esas quejas nomasito eran lujos del desvarío, porque hasta el gato Moño sabía que el depósito no recelaba otras sorpresas que pila sobre pila del holandilla en hoja y un

remanente de enseres en desuso de la ex Martillera de Artículos Generales E. K. T., que había sido inquilino del local, antes que mi don Alejandro. Mentado Moño, vano es persistir ocultando que este gato se sumaba a la cofradía de los desafectos al sótano, porque vez que bajaba por la escalera ciento que huía como si lo espoleara el Patas. Tales repentines en un gatazo, por lo capón, tranquilo, hubieran suscitado el alarmismo del más pachorra, pero yo siempre sigo la derecha, como la piedra imán, aunque de mejor consejo hubiera sido, en ese apretado, sujetar el burdégano. Lueguito, cuando caí en la

cuenta, ya era bien tarde y como para gatazos quedé con tanta desventura.

»”El calvario que usted, aunque se muña de una rueda suplementaria, ya no se me escapa de oír, comenzó en momentos que don Alejandro casi se acomoda en un maletín de cuerina, con la comezón de ir a La Plata. Otro cucufato vino por él y lo vimos partirse lo más vistoso para el congreso de los bíblicos en el cine-salón Dardo Rocha. Desde el portal me dijo que lo esperara el lunes que viene con la cafetera de silbido bien pertrechada. Agregó que el viaje duraría tres días y que yo cuidara de la niña Flora como de oro en paño.

Bien sabía él que esta recomendación era un ocio, pues aunque usted aquí me está viendo tan negro y tan grande, mi mejor timbre era ser el perro custodio de la niña.

»Una tarde que, provisto hasta el colodrillo de leche asada, me corrí un sueñito que ni regente de los vacajes, la niña Flora dio en aprovechar el relaje de la vigilancia prolija para trabucarse en el sótano. A la oración, hora que acostó a su muñeca, la divisé con fiebre en los pulsos, con alucinaciones y el miedo. Atendiendo que ya le mucheaba el calosfrío, le rogué se ganara los debajos de la cubija y le invertí una

infusión de yerbabuena. Esa noche, para que reposara con sosiego, recuerdo que velé a los pies de la cama, tendido en el felpudillo de palma. La niña amaneció tempranera, todavía malilla, no tanto por las fiebres, que habían bajado, cuanto por la pavor. Más a lo tarde, cuando la hubo confortado el cafeto, le puse pregunta de qué la congojaba. Me dijo que la víspera había columbrado en el sótano una cosa tan rara que no podía describir cómo era, salvo que era con barbas. Yo di en pensar que esa fantasía con barbas no era causante de la fiebre, sino lo que el practicón llama síntoma, y la distraje con el cuento del jíbaro que

lo eligieron diputado los monos. Al otro día andaba la niña por todo el caserón, lo más cabrita. Yo, que suelo amainar ante la escalera, le pedí que bajase a buscar una hoja avería, con miras al cotejo. Mi demanda sobró para demudarla. Como la sabía niña valiente, le persistí que sin demora satisficiera la orden, para de una buena vez aventar esas musarañas morbosas. Me lo acordé, en un pronto, a mi padre, botándome del bongo, y no me dejé ganar por las compasiones. Para no desolarla, fui con ella hasta el arranque de la escalera y la vi bajar muy tiesa y durita, como el soldadillo-silueta del

tiro al blanco. Bajaba con los ojos cerrados y se entró derecha entre los tabacos.

»”Apenas daba yo la vuelta con la espalda, cuando oí el grito. No era fuerte, pero ahora me parece que vi en él, como en espejo diminuto, lo que amedrentaba a la niña. Bajé a pantuflo corrido y la pillé tirada en las baldosas. Se me abrazó como si buscara carena, con los brazos como alambrito y ahí, mientras yo le repetía que no dejara solo a su tío San Bernardo (como ella me apodaba) dio su espíritu, quiero decir que se murió.

»”Quedé hecho nadie y tuve la

impresión que toda mi vida, hasta esa ocurrencia, la había ido cursando un ajeno. A lo pronto, el momento en que bajé la escalera se me antojó lejano. Yo seguía sentado en el piso; mis manos, como por cuenta propia, liaban un cigarrillo de papel. La mirada rondaba, también ausente.

»"Fue entonces que atisbé, sentada en un sillón de hamaca, de mimbre, que iba y venía dulcemente, la causa del temor de la niña, por ende de su muerte. Ya me nombrarán insensible, pero el hecho es que tuve que sonreír cuando vi la sencillez que me había traído esa desventura. Lo primerizo, dese un



envión y arranque como vuelo. Veá, de a un tiempo, en un santiamén, los tres combinados que en una suerte de entrevero tranquilo animaban el sillón: como científicamente los tres se estaban en un solo lugar, sin atrás, ni adelante, ni abajo arriba, dañaban un poco la vista, con especialidad en el primer vistazo. Campeaba el Padre, que por las barbas raudales lo conocí, y a la vez era el Hijo, con los estigmas, y el Espíritu, en forma de paloma, del grandor de un cristiano. No sé con cuántos ojos me vigilaban, porque hasta el par que le correspondía a cada persona era, si bien se considera, un solo ojo y estaba, a un

mismo tiempo, en seis lados. No me hable de las bocas y pico, porque es matarse. Dé, también, en sumar que uno salía de otro, en una rotación atareada, y no se admirará que ya me lindara un principio de vértigo, como de asomante a un agua que gira. Dijérase que se iluminaban con el propio mover y venían a quedar a unas pocas varas, que si distraído alargó la mano, por ventura me la lleva ese remolino. Oí, en ésas, al tranvía 38, discurriendo por Santiago del Estero y pensé que en el sótano faltaba el ruido de la hamaca. Cuando miré más, era cosa de risa: la hamaca estaba quieta; lo que yo había tomado

por balanceo era el ocupante.

»”¡Ahí me la tengo a la Santísima, pensé yo, creadora del cielo y de la tierra, y mi don Alejandro en La Plata! Bastó ese pensamiento para librarme de la inercia en que estaba. No eran momentos de abundar en amenas contemplaciones: don Alejandro era varón chapado a la antigua, que no escucharía con buena oreja mi explicación de haber negligido a la niña.

»”Estaba muerta, pero no me avine a dejarla tan cerca de esa hamaca y así la cargué en brazos y la acosté en la cama, con la muñeca. Le di un beso en la frente y me salí, dolido de tener que

abandonarla en ese caserón tan vacío y tan habitado. Ganoso de evitar a don Alejandro, salí de la ciudad por el Once. Noticias me llegaron un día que la casa de la calle Belgrano la derribaron cuando el ensanche.

*Pujato, 11 de septiembre de 1946*

# El signo

*Génesis, IX, 13-*

—Ahí, donde lo ven, está en su día el amigo Lumbeira y me puede abonar otro completo, que las facturitas mandan fuerza y no es el abajo firmante el que se va a negar a un par de felipes rellenos de manteca y a una de estas ensaimaditas grasientas que, taponándome el nasute hasta quedar sin dedo, la rempujo a base de buchecitos de feca con chele y quedo en forma para dar cuenta de esa fuentada de tortitas guarangas. Ni chiste,

paganini; en cuanto me desempane el garguero y recobre el uso de la parola, le meto por las dos orejas la historia longaniza de un sucedido que usted *ipso facto* reclama la presencia del mozo y le refunde en ese mate rebelde un menú gigante, que después no queda en dos leguas a la redonda un grumo de grasa.

»¡Lo que se lleva el tiempo, Lumbeira! Antes que usted le entierre los molares a este budín inglés todo cambia en un red repente y donde ayer el loro lo aturdía, ahora usted está en el aro y lo aturde al loro. No me dejará mentir si le digo que yo estaba más prendido que un bitoque al Instituto de

Previsión “Veterinarias Diogo” y que para mí el olor a tren era como el olor de la cucha para el perro y para usted el olor del Lacroze: quiero decir que yo como viajante sabía pulsar la red ferroviaria de un modo francamente continuo. De la noche a la mañana, sin más introito que una investigación y proceso que se alargó año y medio, les chanté con la pluma cucharita una indeclinable que salí levantando tierra. Por fin, metí los de horma 44 en *Última Hora*, donde el jefe de redacción, que es un miserable zanagoria, me destacó de corresponsal viajero y cuando no me repantigo en el carreta a Cañuelas me

trasbordan al lechero a Berazategui.

»No le discutiré que hombre que viaja suele entrar en contacto con la corteza superficial de los partidos del perímetro urbano y así no es raro que sorprenda cada perfil inédito que si usted lo oye puede que le salga otro orzuelo. Ni se tome el trabajo de abrir la boca, que hasta las moscas de la leche ya saben que se va a descolgar con la pesadez que yo soy un veterano con más olfato periodístico que un hocico de perro... ñato; la cosa es que ayercito nomás me remitieron a Burzaco, como quien manda un tarugo envuelto en papel madera. Pegado como un queso a la



ventanilla donde el solcito de las doce y dieciocho me freía la grasa de la frente, pasé con la cabeza hecha un hueco desde el asfalto a la lata y de la lata a la quinta y de la quinta al potrero donde el chanco se dilata. U sea, para no enredarme en las cuartas, que llegué a Burzaco y bajé en la propia estación. Le juro hasta venir con barba que no me acompañó el menor pálpito de la revelación que me esperaba esa tarde tan sofocante. Vuelta a vuelta me preguntaba, lo más cafisho, que quién iba a decirme que ahí, en el pleno foco burzaquense, yo me haría cargo de un portento que si usted lo oye lo toman por

leche cortada.

»Tomé, cuándo no, la calle San Martín y a la vuelta del primer brazo gigante que salía de la tierra y ofrecía un mate *Noblesse Oblige*, me di el gustazo de saludar el propio domicilio de don Ismael Larramendi. Figúrese una ruina sin revocar, un chalecito coquetón a medio erigir, vulgo una tapera de la madona, que usted mismo, don Lumbeira, que en trance de apolillar no le hace asco al nido de hormigas, hubiera desistido de entrar sin la bufanda y el paragüita. Crucé el cantero enyuyado y, ya en el *porch*, bajo un escudo del Congreso Eucarístico tipo

Primo Carnera, brotó un vejete *mezzo* calvento, acondicionado en un guardapolvo tan aseadito que gana no me faltó de espolvorearlo con la pelusa que sabe rejuntar el bolsillo.

»Ismael Larramendi (don Matecito, que le dicen) se me manifestó portador de unos anteojos de costurera, de un bigote doble foca y de un pañuelo de bolsillo que le interesaba todo el cogote. Amainó algún centímetro de estatura cuando le propiné esta tarjeta que ahora se la refriego a usted en ese umbligo que le hace las veces de cara y donde verá en papel Vitroñex y letra Polanco “T. Mascarenhas, *Última Hora*”. Antes que

se acogiera al gambito de no estar en casa, le tapé la boca con la gran milanesa de que lo tenía prontuariado y aunque se disfrazara de bigotudo yo le sacaría la filiación. Visto y considerando que el comedor me quedaba un poco ajustado, saqué la cocinita económica al patio de lavar, mudé mi chambergolina al dormitorio, ofrecí a mi panaro el sillón de hamaca, encendí un Salutaris que el vejanco tardaba en obsequiarme y distribuyendo todos mis pieses en un estantecito de pinotea con los manuales Gallach, lo convidé al vejestorio a que se acomodara en el suelo y me hablara

como un fonógrafo de bocina de su mentor el finado Wenceslao Zalduendo.

»No haberlo dicho. Abrió la boca y se mandó la parte, con una vocecita de ocarina de lo más penetrante, que, se lo juro por esa campana de sängüiches, ya no la oigo porque estamos en esta lechería de Boedo. Dijo, sin tan siquiera darme calce para un enfoque del momento turfístico:

»—Tienda, señor, su buen vistazo por esa ventanita ratona y no le costará divisar, más allá de la segunda mano con mate, una vivienda pequeña, eso sí, pero que siempre le faltó, qué pucha, el flatacho. Haga, con toda confianza, la

señal de la cruz y pídale a esa casa tres deseos, porque bajo sus tejas vivió un hombre que merece mejor concepto que muchos de esos verdaderos vampiros que chupan por igual la sangre del pobre y del industrial acomodado. ¡Le estoy hablando de Zalduendo, señor!

»”Cuarenta años han pasado por este redondelito<sup>[2]</sup> (treintinueve años, mejor dicho) desde el atardecer inolvidable, o acaso la mañanita madrugadora, en que conocí a don Wenceslao. A él o a otro, porque el tiempo trae el olvido, que es un bálsamo grande, y uno termina por no saber con quién tomó la leche vez pasada en el bar

de Constitución, cuando no una avena malteada, que sabe caer tan bien al estómago. La cosa es que lo conocí, mi buen señor, y dimos en hablar de todo un poco, pero con dedicación especial de los coches de la línea a San Vicente. Pitos y flautas, yo con mi gorra de visera y el guardapolvo tomaba todos los días hábiles el 6 y 19 a Plaza; don Wenceslao, que viajaba más temprano, era seguro que perdía el carreta de las 5 y 14, y yo me lo veía llegar de lejos, sorteando los charquitos helados, a la luz tembleque del farol de la Cooperativa. Él era como yo un adepto insaciable de la ventaja del guardapolvo

y acaso, años después, nos fotografiaron con dos guardapolvos idénticos.

»”Siempre, señor, he sido el más fiero enemigo de meterme en vidas ajenas y, por eso, mantuve a raya la tentación de preguntarle a ese nuevo amigo por qué viajaba con el lápiz Faber y un rollo de pruebas de imprenta, amén del diccionario de Roque Barcia, que es una obra tan completa ¡en tantos volúmenes! Se la doy al más garifo; tuve, si usted me comprende, mi hora de comezón, pero pronto logré la recompensa ¡don Wenceslao, con la misma boca con que me dijo que era corrector de la Editorial Oportet &



Haereses, me invitó a secundarlo en esas tareas que, con encomiable tenacidad, acometía para distraerse en el tren! Mis luces, le soy franco, son bien escasas, y al principio trepidé en acompañarlo en ese terreno; pero la hacendosa curiosidad pudo más y antes que apareciera el inspector ya estaba yo sumido en las galeradas de la *Instrucción secundaria* de Amancio Alcorta. Exigua ¡qué canastos! fue la contribución que pude prestar esa primer mañana de consagración a las letras, pues, arrebatado por todos esos problemones del magisterio, yo leía y leía, sin advertir las más garrafales

erratas, las líneas traspuestas, las páginas omitidas o empasteladas. En Plaza no me quedó más remedio que articular el “Que le vaya lindolfo” de práctica, pero a la madrugada siguiente le di una gran sorpresa a mi nuevo amigo, revistando en el andén con un lápiz que había tomado la precaución de agenciarme en una sucursal muy seria, eso sí, de la Librería Europa.

»”Mes y medio, calculando a ojo fantástico, duraron esas tareas de corrección, que son, como vulgarmente se dice, el aprendizaje más formidable para entrar en contacto con los verdaderos rudimentos de la puntuación

y de la ortografía en castellano. De A. Alcorta pasamos a *Pedagogía social* de Raquel Camaña, no sin hacer un alto en *Crítica literaria* de Pedro Goyena, que me capacitó para encarar con renovados bríos *Naranjo en flor* de José de Maturana o *El dilettantismo sentimental* de Raquel Camaña. Ni por asomo le puedo cantar otro título porque en llegando al último don Wenceslao cortó por lo sano y me dijo que sabía apreciar mi aplicación en lo que ésta valía, pero que muy a las contras de su voluntad se veía compelido a pararme el carro, porque el propio don Pablo Oportet le había propuesto para en breve un

ascenso interesante que le permitiría redondear un buen presupuesto. Cosa de no saber por dónde agarrar: don Wenceslao me participaba esas novedades de tanto bulto para su horizonte económico, y yo lo veía con el ánimo por el suelo, de lo más chaucho. A la semana, en ocasión de adquirir unas roscas de maicena para las nietitas del señor Margulis, que tiene la farmacia en Burzaco, salía yo con mi paquetito del bar de Constitución cuando tuve el agrado de pescar a don Wenceslao, que daba cuenta de una gran tortilla quemada, que parecía un pico de gas, y de unas sendas copas de grog, que me lo

hacían toser con el humo, en compañía de un potentado de color aceituna y rico sobretodo de astracán, que le encendía en ese momento un cigarro de hoja. El potentado se atusaba el bigote y hablaba como un rematador, pero en la cara del señor Wenceslao vi la palidez de la muerte. Al otro día, antes de llegar a Talleres, me confió con toda reserva que su interlocutor de la víspera era el señor Moloch, de la razón social Moloch y Moloch, que tenía en un puño a todas las librerías del Paseo de Julio y de la Ribera. Agregó que había firmado un contrato con ese señor, que ahora carecía de toda vinculación oficial con

la red de baños turcos donde se timbea de lo lindo, para el suministro de obras científicas y de tarjetas postales. Así, con mucha consideración, vino a enterarme ese pan de Dios, que el Directorio lo había nombrado Gerente Responsable de la editorial. En esa nueva calidad, ya había asistido a una prolongada sesión del centro de imprenteros, donde apenas medio se atornilló en la butaca lo sacaron al trote largo esos asturianos. Yo lo atendía como un embelesado, señor, y en eso tironeó el convoy y rodó por el suelo uno de los pliegos que estaba corrigiendo don Wenceslao. Conozco mi

obligación y, sobre el pucho, me acomodé en cuatro patas para recogerlo. No haberlo hecho: vi una figura de lo más deslenguada, que me puse como un tomate. Disimulé como pude y pasé a devolverla como si entregara la estampita más espectable. Quiso mi buena estrella que don Wenceslao estuviera tan Tristán Suárez que no se dio cuenta cabal de lo acontecido.

»»El otro día, que era sábado, no viajamos juntos; habremos ido uno primero y otro después, si usted me interpreta.

»»Ya despachada la primera siestita, un vistazo al almanaque me encasquetó

la idea que el domingo era mi cumpleaños. La confirmó la fuente de empanaditas que siempre tiene la fineza de obsequiarme la señora Aquino Derisi, que prestó sus oficios de partera a mi señora madre. Tomar el olorcito de esos manjares, que vienen a ser tan nuestros, y pensar lo instructiva que resultaría, a lo mejor, una serata con el señor Zalduendo, fue, como decimos en Burzaco, todo uno. Prudenciando en el banquito de la cocina hasta que amainara el sol (porque las insolaciones de vigilantes estaban a la orden del día), me quedé hasta bien dadas las ocho y cuarto, aplicando otra mano de pintura



negra a un mueblecito de adorno que yo había confeccionado con los cajoncitos de azúcar Lanceros. Bien enroscado en la chalina, porque las refrescadas son el diablo, tomé el 11, quiero decir que me encaminé a patacón por cuadra al domicilio de ese maestro y amigo. Entré como perro por su casa, ya que la puerta del señor Zalduendo, señor, siempre estaba abierta, como su corazón.

»”¡El anfitrión brillaba por su ausencia! Para no malgastar la caminata, opté por esperar un ratito, no fuera de repente a volver. Hacia la jabonera no demasiado lejos de la palangana y la jarra, había un alto de libros que me

permití revisar. De nuevo le digo, eran de la Imprenta Oportet & Haereses y mejor no haberlo hecho. Bien dicen que cabeza en la que entra poco retiene el poco; hasta el día de hoy no puedo olvidarme de esos libros que hacía imprimir don Wenceslao. Las tapas eran con prójimas desnudas y de todos colores, y llevaban por título *El jardín perfumado*, *El espión chino*, *El hermafrodita* de Antonio Panormitano, *Kama-Sutra* y/o *Ananga-Ranga*, *Las capotas melancólicas*, las obras de Elefantis y las del Arzobispo de Benevento. Qué azúcar y qué canela, yo no soy uno de esos puritanos exagerados

y en tren de echar una cana al aire ni mosqueo con la adivinanza de color subido que sabe proponer el párroco de Turdera, pero, vea usted, hay extremos que pasan de castaño oscuro y resolví ganar la cucha. Salí marcando tiempo, le soy verídico.

»”Varios días pasaron y nada sabía yo de don Wenceslao. Después, la noticia-bomba anduvo de boca en boca y yo fui el último en enterarme. Una tarde, el oficial del peluquero me enseñó a don Wenceslao en fotografía, que más bien parecía un negro retinto, abajo del titular que rezaba: SE LE ESPESÓ EL MEJUNJE AL PORNOGRAFISTA.

HAY ESTAFA. Las piernas me flaquearon en el sillón y se me nubló la vista. Sin comprender leí hasta el final el sueltito, pero lo que más me dolió fue el tono irrespetuoso con que se hablaba del señor Zalduendo.

»”Dos años después don Wenceslao salió de la cárcel. Sin darse bombo, que no estaba en su carácter, volvió el hombre a Burzaco. Volvió hecho una osamenta, señor, pero con la frente bien alta. Dijo adiós al trayecto ferroviario y no salía de su casa ni en esos paseítos a los más diversos pueblos circunvecinos. De aquel entonces le quedó el mote cariñoso de Don Tortugo Viejo,

aludiendo, vaya usted a saber, a que no salía nunca y era difícil encontrarlo en el depósito de forrajes Buratti, cuando no en el criadero de aves Reynoso. Nunca quiso acordarse de los motivos de su desgracia, pero yo até cabos y vine a entender que el señor Oportet se había aprovechado de la infinita bondad de don Wenceslao, cargándolo con la responsabilidad de su negocio de librería cuando vio que las cosas pintaban mal.

»»Con el sano propósito de agenciarle una buena dosis de esparcimiento di en llevarle un dominguito, que la atmósfera se

presentaba aparente, a los nenes disfrazados de *pierrot* del doctor Margulis y el lunes medio lo engolosiné con la monomanía de ir a pescar a los charcos. Qué pesca ni qué pavadas con la pretensión de distraerlo: el pasmado como un bobeta resulté yo.

»”El señor Don Tortugo estaba en la cocina cebándose unos verdes. Me senté de espaldas a la ventana, que ahora da a los fondos del club Unión Deportiva y antes al campo abierto. El Maestro declinó con la mayor urbanidad mi proyecto de pesca y adjuntó, con esa bondad soberana del que a todas horas ausculta su propio corazón, que a él no

le hacían falta diversiones desde que el Supremo le concediera pruebas tan a las claras.

»”A riesgo de quedar como un chinche le rogué que me ampliara esos conceptos; sin soltar la pavita borravino, ese visionario me contestó:

»”—Acusado de estafa y de traficar en libros infames yo fui recluido en la celda 272 de la Penitenciaría Nacional. Entre esas cuatro paredes mi preocupación era el tiempo. En la primer mañana del primer día pensé que estaba en la peor etapa de todas, pero que si llegaba al día siguiente ya estaría en el segundo, es decir en camino al

último día, el setecientos treinta. Lo malo es que me hacía esa reflexión y el tiempo no pasaba y yo seguía en el comienzo de la mañana del primer día. Antes de un lapso atendible ya había agotado cuanto recurso se me ocurrió. Conté. Recité el Preámbulo de la Constitución. Dije los nombres de las calles que hay entre Balcarce y la Avenida La Plata y entre Rivadavia y Caseros. Después me corrí al Norte y dije las calles que hay entre Santa Fe y Triunvirato. Por suerte me confundí cerca de Costa Rica, lo que me significó ganar un poco de tiempo, y así medio llegué a las nueve de la mañana. Tal vez



entonces me tocó en el corazón un santo bendito y me puse a rezar. Quedé como inundado de frescura y creo que muy pronto llegó la noche. A la semana descubrí que ya no pensaba en el tiempo. Créame, joven Larramendi, cuando se cumplieron los dos años de la condena, me pareció que habían pasado en un soplo. Es verdad que el Señor me había deparado muchas visiones, todas francamente valiosas.

»”Don Wenceslao me decía estas palabras y se le dulcificaba la cara. De entrada sospeché que esa felicidad le venía del recuerdo, pero luego entendí que detrás mío algo estaba pasando. Me

di vuelta, señor. Vi lo que llenaba los ojos de don Wenceslao.

»”Había mucho movimiento en el cielo. Subían grandes cosas desde el monte del establecimiento rural Manantiales y desde la curva del tren. Se dirigían en procesión al cénit. Unas parecían evolucionar alrededor de otras, pero sin estorbar el movimiento general y todas subían. Yo no les quitaba los ojos y era como si subiera con ellas. Le hago suyo que de primera intención no capté qué serían esos objetos, pero ya entonces me contagiaban el bienestar. He pensado después que acaso tenían luz propia, porque ya se había hecho

tarde y sin embargo yo no les perdía ni un pelo. El primero que distinguí (y hemos de convenir que es raro, porque la forma no es nítida, que digamos) era tamaña berenjena rellena que no tardó en perderse de vista al quedar tapada por el alero del corredor, pero ya le pisaba los talones un gran pastel de fuente, que por lo bajo le calculo, señor, hasta doce cuabras de fondo. La gran sorpresa bogaba a la derecha, a un nivel más alto, y era un solo puchero a la española, con su morcilla y su tocino, escoltado, eso sí, por cada posta de pejerrey que usted no sabía para dónde mirar. Todo el poniente era risotto, sin

embargo que al Sur ya se consolidaban la albóndiga, el dulce de zapallo y la leche asada. A estribor de las empanadas con flecos, desfilaba el matambre a la orientala, bajo el palio de algunas tortillas babosas. Mientras conserve la memoria me acogeré al recuerdo de unos ríos que se cruzaban sin mezclarse: uno de caldito de gallina bien desgrasado y otro de un zocotroco de carne con cuero, que después de verlo, a usted ya no lo embroman con el arco iris. A no ser por esta tosecita de perro, que en la ocasión me hizo desviar la visual, me pierdo una croqueta de espinaca que, en un santiamén, la

borraron los chinchulines de una parrillada jefe, para no decir nada de unos caneloncitos recalentados que, desplegándose en abanico, tomaron firme posesión de la bóveda celeste. A éstos los barrió un queso fresco, cuya superficie acorchada abarcó todo el cielo. Ese alimento quedó fijo, como encasquetado sobre el mundo, y yo me ilusioné que lo tendríamos para siempre, como antes las estrellas y el azul. Un instante después no quedaba rastro de esa rotisería.

»”Ay de mí, ni un adiós le dije a don Wenceslao. Con las piernas que me temblaban salvé hasta media legua de

potreros y entré como por un tubo en la fonda de la estación donde cené con tan buen diente que era cosa de alquilar balcones.

»”Esto es todo, señor. O casi todo. Nunca me fue dado participar en otra visión de don Wenceslao, pero éste me dijo que no eran menos maravillosas. Lo creo porque el señor Zalduendo era platita labrada, sin contar que una tarde, al pasar por su domicilio, todo el campo era un solo olor a fritangas.

»”Veinte días después el señor Zalduendo ya era cadáver y su espíritu recto pudo ascender al firmamento, donde sin duda lo acompañan ahora

todas esas minutas y postres.

»”Le agradezco su atención por haberme oído. Sólo me resta decirle que le vaya benítez.

»—Que le garúe finochietto.

*Pujato, 19 de octubre de 1946*

# **Un modelo para la muerte**



*These insects have others still less  
than themselves, which torment  
them.*

DAVID HUME

*Dialogues Concerning Natural  
Religion, X*

*Le moindre grain de sable est un  
globe qui roule  
Traînant comme la terre une  
lugubre foule  
Qui s'abhorre et s'acharne et  
s'exècre, et sans fin  
Se dévore; la haine est au fond de  
la faim.*

*La sphère imperceptible à la  
grande est pareille;  
Et le songeur entend, quand il  
penche l'oreille,  
Une rage tigresse et des cris  
léonins  
Rugir profondément dans ces  
univers nains.*

VICTOR HUGO

*Dieu, I*

# A manera de prólogo

¡Tan luego a mí pedirme un «A manera de prólogo»! En balde hago valer mi condición de hombre de letras jubilado, de trasto viejo. Con el primer mazazo amputo las ilusiones de mi joven amigo; el novato, quieras que no, reconoce que no hay tu tía, que mi pluma, ¡como la de Cervantes, qué pucha!, cuelga de la espetera y que yo he pasado de la amena literatura al Granero de la República; del Almanaque del Mensajero al Almanaque del Ministerio de Agricultura; del verso en el papel al

verso que el arado virgiliano firma en la pampa. (¡Qué manera de redondearla, muchachos! Todavía manda fuerza el viejito). Pero con paciencia y saliva, Suárez Lynch salió con la suya: aquí me tienen rascándome la calvicie

*ante ese compañerazo  
que se llama Anotador.*

(¡Los sustos que nos da el viejito! No embromen, y reconozcan que es poeta).

Además, ¿quién dijo que le faltan méritos al bambino? Es verdad que como todos los escribas de la clase del 19, recibió de lleno la indeleble marca de fuego que deja para siempre en el

espíritu la lectura de un folletito de ese, donde ahí lo ven, todo un literato de campanillas, doctor Tony Agita. Pobre mamón: el encontronazo lírico se le subió a la cabeza. Chocho, al principio, al ver que le bastaba romperse todo para evacuar una parrafada que hasta el mismo doctor Basilio, experto calígrafo, atribuía, si no estaba en su sano, a la acreditada Sónnecken del maestro; luego, con los pies echando humo, cuando constató la *partenza* de la más aquilatada joya del escritor: el sello personal. Al que madruga, Dios lo ayuda; al año, mientras esperaba turno en la razón social de Montenegro, una

feliz casualidad le puso en los  
carpinchos un ejemplar de la  
provechosa obrita sesuda *Bocetos  
biográficos del doctor Ramón S.  
Castillo*; la abrió en la página 135 y, sin  
más, tropezó con estas palabras que no  
tardó en copiar con el lápiz-tinta: «El  
general Cortés, dijo, que traía la palabra  
de los altos estudios militares del país,  
para hacer llegar a los elementos  
intelectuales civiles algo de los  
problemas atinentes a estos estudios que  
en las épocas actuales han dejado de ser  
un asunto de incumbencia  
exclusivamente profesional, para  
convertirse en cuestiones de vastos

alcances de orden general». Leer esta bonitura y salir como portazo de una obsesión para entrar en otra fue... Raúl Riganti, el hombre torpedo. Antes que el reloj del Central de Frutos diera la hora del mondongo a la española, el *ragazzo* ya se había remachado en el caletre el primer borrador a grandes rasgos de otros bocetos casi idénticos sobre el general Ramírez, *opus* que no tardó en rematar pero que al corregir las pruebas de página le perlaba la frente un sudor frío ante la evidencia en letras de molde de que ese trabajito de preso era carente de toda fecunda originalidad y más bien resultaba un calco de la página 135,

arriba especificada.

Con todo, no se dejó marear por el incienso de una crítica proba y constructiva; se repitió ¡qué diantre! que la consigna de la hora presente era la robusta personalidad y, a renglón seguido, se arrancó la túnica de Neso del estilo biográfico para calzar la bota Simón de una prosa más acorde a las exigencias del hombre al día: la que le brindara un párrafo medular del *Príncipe que mató al dragón*, de Alfredo Duhau. Agárrense, marmotas, que ahora les enseño el dulce de leche: «Para una animada y vibrante creación de la pantalla daría seguramente esta



pequeña historia, nacida y desarrollada en los barrios más céntricos de nuestra metrópoli, historia de amor, palpitante y conmovedora. Son sus fases tan hondas e inesperadas como las que triunfan en el afortunado cinema». No se hagan la ilusión que ese lingote lo escarbó con sus propias uñas; se lo cedió una testa coronada de nuestras letras, Virgilio Guillerme, que lo había retenido en la memoria para uso personal y que ya no lo precisaba por haber engrosado la cofradía del bardo Gongo. ¡Presente griego! El parrafito resultó a las cansadas uno de esos paisajes ante los que rompe la paleta el pintor; el cadete

sudaba tinta para revivir los primores que destaca esa muestra en una novelita de primera comunión, que ya estaba a la firma de ese gran incansable que se llama Bruno De Gubernatis. Pero más adelante don Cangrejo: la novelita le salió más bien un informe sobre el Estatuto del Negro Falucho, que le valió ingresar en la comparsa Los morenos de Balvanera, amén del Gran Premio de Honor de la Academia de la Historia. ¡Pobre lechan! Lo mareó ese halago de la fortuna y antes que amaneciera el Día del Reservista se permitió un articulejo sobre la «muerte propia» de Rilke, escritor de raigambre superficial en la

República, católico eso sí.

No me tiren con la tapa de la olla y con el puchero después. Esas cosas pasaban —no lo digo con más voz porque estoy afónico— antes del día que los coroneles, escoba en mano, pusieron un poquito de orden en la gran familia argentina. Hablo, pónganlo en baño María, del 4 de junio (un alto en el camino, muchachos, que vengo con el papel de seda y el peine y les toco la marchita). Cuando brilló esa fecha, ni el más abúlico pudo sustraerse a la ola de actividad con que el país vibraba al unísono; Suárez Lynch, ni lerdo ni perezoso, inició la vuelta al pago,

tomándome de cicerone<sup>[3]</sup>. Mis *Seis problemas para don Isidro Parodi* le indicaron el rumbo de la verdadera originalidad. El día menos pensado, mientras me desentumecía el cacumen con la columna de policiales, pegué un respingo al divisar, entre mate y mate, las primeras noticias del misterio del bajo de San Isidro, que muy luego sería otro galón en la jineta de don Parodi. La redacción de la novelita pertinente era un deber de mi exclusiva incumbencia; pero estando metido hasta el resuello en unos bocetos biográficos del presidente de un *povo irmão*, le cedí el tema del misterio al catecúmeno.

Soy el primero en reconocer que el mocito ha hecho una labor encomiable, maleada, claro está, por ciertos lunares que traicionan la mano temblona del aprendiz. Se ha permitido caricatos, ha cargado las tintas. Algo más grave, compañeros: ha incurrido en errores de detalle. No finiquitaré este prólogo sin el doloroso deber de sentar que el doctor Kuno Fingermann, en su calidad de presidente del Socorro Antihebreo, me encarga desmentir, sin perjuicio de la acción legal ya iniciada, «la insolvente y fantástica indumentaria que el capítulo numerado cinco le imputa».

Hasta más ver. Que les garúe finito.

*H. BUSTOS DOMECQ*

*Pujato, 11 de octubre de 1945*

# Dramatis Personae

**Mariana Ruiz Villalba de Anglada:** Señora argentina.

**Doctor Ladislao Barreiro:** Asesor legal de la A. A. A. (Asociación Aborígenista Argentina).

**Doctor Mario Bonfanti:** Gramático y purista argentino.

**«Padre» Brown:** Cura apócrifo. Jefe de una banda de ladrones internacionales.

**Bimbo De Kruif:** Marido de Loló Vicuña.

**Loló Vicuña de De Kruif:** Señora chilena.

**Doctor Kuno Fingermann:** Tesorero de la A. A. A.

**Princesa Clavdia Fiodorovna:** Propietaria de un establecimiento en Avellaneda. Esposa de Gervasio Montenegro.

**Marcelo N. Frogman:** Factótum de la A. A. A.

«**Coronel**» **Harrap:** Miembro de la banda del «Padre» Brown.

**Doctor Tonio Le Fanu:** «Mancebo de muchas posesiones». O, según Osear



Wilde, «un Mefistófeles en miniatura, mofándose de la mayoría».

**Gervasio Montenegro:** Caballero argentino.

**Hortensia Montenegro, la Pampa:** Niña de la sociedad porteña. Novia del doctor Le Fanu.

**Don Isidro Parodi:** Antiguo peluquero del barrio Sur, hoy recluso en la Penitenciaría Nacional. Desde su celda, resuelve enigmas policiales.

**El Baulito Pérez:** Joven pendenciero, de familia pudiente. Ex novio de Hortensia Montenegro.

**Baronesa Puffendorf Duvernois:** Dama internacional.

**Tulio Savastano:** Compadrito de Buenos Aires. Pensionista del Hotel El Nuevo Imparcial.

# I

—¿El señor es nativo? —susurró con ávida timidez Marcelo N. Frogman, alias Coliqueo Frogman, alias Perro Mojado Frogman, alias Atkinson Frogman, redactor, impresor y distribuidor a domicilio del boletín mensual *El Malón*.

Eligió el ángulo noroeste de la celda 273, se sentó en cuclillas y extrajo de los fondos del bombachón un trozo de caña de azúcar y lo chupó babosamente. Parodi lo miró sin alegría: el intruso era rubio, fofo, pequeño, calvo, pecoso,

arrugado, fétido y sonriente.

—En tal caso —prosiguió Frogman — apelaré a mi franqueza inveterada. Le confesaré que yo no los paso a los extranjeros, sin excluir a los catalanes. Es claro que por ahora estoy emboscadito en la sombra, y hasta en esos artículos de combate, en que doy sin asco la cara, cambio ágilmente de seudónimo, pasando de Coliqueo a Pincén y de Catriel a Calfucurá. Me confino en los límites de la más estricta prudencia, pero el día que la falange se venga abajo me pondré más contento que un gordito en la trancabalanca, le paso el dato. A esta decisión la he hecho

pública dentro de las cuatro paredes de la sede central de la A. A. A. (la Asociación Aborigenista Argentina, usted sabe) donde los indios nos sabemos reunir a puerta cerrada, para tramar la independencia de América, y para reírnos *sotto voce* del portero, que es un catalán contumaz y fanatizado. Veo que nuestra propaganda ha atravesado las pircas de este edificio. Usted, si no me ciega el patriotismo, está cebándose un mate, que es la bebida oficial de la A. A. A.; confío, eso sí, que al huir de las redes del Paraguay no haya caído en las del Brasil, y que la infusión que lo agaucha sea misionera. Si me equivoco

no me haga nana; el indio Frogman dirá globitos, pero siempre escudado por un regionalismo sano, por el más estrecho nacionalismo.

—Mire, si este catarro no me protege —dijo el criminalista, guareciéndose detrás de un pañuelo— le mando un parlamentario. Apúrese y antes que lo divisen los basureros dígame lo que tiene que decir.

—Basta la indicación más somera para que yo me dé mi lugar —Pescadas Frogman declaró con sinceridad—. Entablo acto continuo el chamuyo:

»Hasta 1942, la A. A. A. era una toldería discreta, que reclutaba sus

aguerridos adeptos entre las brigadas de cocineros y que sólo de tarde en tarde aventuraba sus tentáculos a las colchonerías y fábricas de sifones que el progreso ha corrido a la periferia. No tenía otro dineral que la juventud: sin embargo, cada domingo de una p.m. a nueve p.m. no nos faltaba una mesita de todos tamaños en la típica heladería de barrio. El barrio, usted comprenderá, no era el mismo, porque el segundo domingo, el mozo, cuando no el lavaplatos en persona, nos reconocía infaliblemente y salíamos por esos berenjenales a todo lo que dábamos, para evitar los improperios del

energúmeno que no acababa de entender que una barra de criollos puede fajarse peroratas de la madona, hasta muy caída la noche, sin más consumo que una media soda Belgrano. Ah, tiempos, el criollo a la disparada por San Pedrito o por Giribone oía cada lindeza que después la anotaba en su libretita de tapa de hule y así lograba enriquecer el vocabulario. Cosecha de esos años que ya pasaron, son las palabras autóctonas: gilastrún, gil a drocuas, gil a cuadros, gil, otario, leproso, amarrete, colibrillo y coló. ¡La flauta! ¡Qué estrilo cacha la que limpia y pule si me oye! Mire que somos ladinazos los indios: puestos a



escarbar el idioma, un sistema, por bueno que fuera, nos quedaba chico; cuando el prójimo se cansaba de amenazarnos, le prometíamos figuritas a un nene de tercer grado, que son el diablo, para que nos enseñara palabras no aptas para menores. Así acopiamos una porción que ya no me acuerdo ni haciendo nono. Otra vuelta nombramos una comisión para que me comisionaran a mí para que oyera en el gramófono un tango y levantara un censo aproximativo con todas las palabras nacionales que se mandaba el mismo. De un saque recogimos: percanta, amuraste, espinas, en, campaneando, catrera, bulín y otras

que usted las puede consultar, cuando le dé la loca, en la caja de fierro de nuestra sucursal Barrio Parque. Pero una cosa es la fresca viruta y otra es el mar de fondo. Más de un veterano de la A. A. A. no vaciló en apretarse el gorro cuando el doctor Mario Bonfanti se consagró a minar la tranquilidad del país adjuntando una lista de barbarismos a los volantes gratis de la Pomona. A ese primer mazazo de las fuerzas de la reacción, siguieron otros tan implacables como la pegatina de letreritos que rezaban:

*No diga etiqueta,*

*me llamo Marbete.*

»y el diálogo taimado, que a todos nos ha herido por igual:

»—¿Usted “controla”?

»—¡Yo *contraloro*!

»Yo intenté asumir la defensa de nuestro chamuyo nativo desde la columna de un pasquín bimensual que había salido ilusionado por el propósito de consagrarse por entero a los intereses de los lavaderos de lana; pero mi exabrupto cayó en mano de un tipógrafo de nacionalidad extranjera, que lo publicó tan borrado que parecía *ex profeso* para la Casa del Oculista.

»Un cabezón de esos que se meten por todos lados, oyó por casualidad que la quinta que fue del doctor Saponaro, en la calle Obarrio, había sido adquirida en el remate judicial por un patriota que terminaba de llegar de Bremen y que no podía tragar a los españoles, hasta el punto de haberse negado a la presidencia de la Cámara del Libro Argentino. Yo mismo cometí el denuedo de proponer que alguno de nosotros, emponchado en el manto diplomático, lo abordara en la propia madriguera, como quien dice, con la idea fija de sonsacarle una manito. Viera usted el desbande que se produjo. Para que la

sociedad no se disolviera sobre tablas, el cabezón propuso que se tirara a la suerte quién sería el chivo emisario a quien le tocara visitar la quinta y ser expulsado de la misma sin tan siquiera vislumbrar la silueta del dueño. Yo como los demás de la tribu dije que sí porque pensé que les tocaría a los demás de la tribu. Asómbrese: a Frogman, servidor, le dieron la pajita más corta de la escoba y tuve que apechugar con el sofocón, listo, eso sí, *a hacerme a un lao de la hueya aunque vengan degoyando.*

»Hágase cargo del colapso de mi moral: unos decían que el doctor Le

Fanu, que así se llamaba el patriota, no tenía lástima para el que se dejaba pisar; otros, que era el enemigo del tímido; otros, que era un enano de estatura inferior a la normal.

»Todos esos temores se confirmaron cuando me recibió en la pedana, florete en guardia, secundado por un profesor que no le perdonaba ni botoncito ni botón. Entrar yo y oprimir el patriota un timbre de pera que daba a dos mucamos de nacionalidad vallisoletana fue todo uno; pero después me tranquilicé, porque les ordenó abrir las ventanas y banderolas y yo le dije al Frogman que llevo adentro: lo que menos te van a

faltar son boquetes para salir como cañonazo. Envalentonado por ese espejismo, yo, que había fingido hasta aquel momento ser un simple mirón, me le fui al humo con el sablazo que le tenía que pedir.

»Me escuchó con todo respeto, después salió de entre la careta fiambarrera que le afeaba la cara y quedó hecho un joven que se había quitado diez años de encima. Dio una patada caprichosa en el suelo y se rió como si pasara un payaso. Fue ese momento por reloj cuando dijo:

»—Usted es una interesante aleación de la cacofonía y de la falacia. No muja

para sus adentros; también lo apoya incondicionalmente la fetidez. En cuanto a *feu* Bonfanti, compruebo sin consternación que ha sido exterminado, *anéanti*, en la especialidad que lo ha hecho famoso: el matete lingüístico. Yo, a semejanza de los dioses, protejo y estímulo la tontería. No desespere, charrúa diletante. Un abnegado tesorero con escafandra avanzará mañana sobre vuestro reducto.

»Después de esa promesa tan halagüeña, no sé si los mucamos me evacuaron o si yo me evadí por mis propias piernas.

»Cuál no sería nuestro asombro,



cuando al día siguiente apareció el tesorero y se mandó unos planes fabulosos que tuvimos que tomar un baño de asiento para que se nos bajara la congestión. Después nos trasladaron en carrito a la sede central donde ya estaban los diccionarios de Granada, Segovia, Garzón y Luis Villamayor, sin contar la máquina de escribir que le enjaretamos a Fainberg y los disparates que se le escapaban a Monner Sans, para no decir nada de la otomana y del juego completo del tintero de bronce con estatua de Micifuz y de lapicera con cabecita. ¡Ah, tiempos! El cabezón, que era lo más careta que usted ha visto, lo

mandó al tesorero a que le fiaran unas medias botellas de Vascolet, pero ni bien las descorchamos, nos aguló la fiesta el doctor Le Fanu, que ordenó volcar todo el contenido que era todo una lástima y dijo que le subieran del propio Duesenberg un cajón de champagne. Ya lambíamos de firme la primera espuma cuando el doctor Le Fanu abrigó un escrúpulo, que nos lo reveló como gaucho por todos lados, y se preguntó en voz alta si el champagne era un refresco indígena; antes que pudiéramos tranquilizarlo, ya estaban evacuando las botellas por el pozo del ascensor y acto continuo apareció el

*chauffeur*, con una bordalesa de chicha que es netamente santiagueña y que todavía me duelen los ojos.

»El Lungo Bicicleta, que yo siempre lo estufo cuando le digo que él es el tragón de los libros, quiso aprovechar la volada y apestillar al portador de la chicha, vulgo el *chauffeur* particular del doctor Le Fanu, para que nos pasara un verso gracioso, de esos con palabras que no las entiende ni un alienado, pero el doctor nos llamó al orden con la pregunta de a quién íbamos a elegir presidente de la A. A. A. Todos pedimos que el voto fuera cantado y el doctor Le Fanu salió presidente sin otro voto en

contra que el de Bicicleta, que mostró una figura que siempre lleva con una bicicleta pintada en la misma. Un patriota naturalizado, señor Kuno Fingermann, secretario del doctor Le Fanu, habló como una bala a todos los diarios y al día siguiente, leímos con la boca abierta la primer noticia de la A. A. A., y una descripción completa del doctor Le Fanu. Después la publicamos nosotros porque ya el presidente nos dotó de un órgano, que se llamaba *El Malón*, y aquí le traigo un numerito gratis para que usted se vuelva todo un criollo en sus columnas.

»¡Qué tiempazos aquellos para el

indio! Pero no se haga la ilusión que duraron. Ya lo enterramos a Carnaval, como quien dice. El doctor Le Fanu ha puesto el local que ni vagón de hacienda con unos indios del interior, que no manyan nuestro chamuyo, pero para decirle la verdad, tampoco lo manyamos nosotros, porque el doctor Le Fanu contrató los servicios del doctor Bonfanti para que nos tapara la boca cada vez que sin darnos cuenta nos mandáramos una palabra que no está en la gramática. Esta jugada resultó una manganeta redonda porque la oposición quedó al servicio de la causa que, dijera el doctor Bonfanti en su primer

batimento por Radio Huasipungo, “hogaño se manifiesta henchida y pujante, alzaprímado a machamartillo el pendón de la fabla de Indias, y aporreando con fiera tozudez a galiparlistas noveleros y a casticistas añejados en el perimido remedo de Cervantes, de Tirso, de Ortega y de tantos otros maestros de una cháchara mortecina”.

»Ahora usted me perdonará que le hable de un gran muchacho, un elemento insustituible, aunque más de una vez me orino de risa con las bromas que se le ocurren. Usted ya adivinó que ese correntino es a todas luces el doctor

Potranco Barreiro, que así le decimos todos sin que él lo sepa, y él no se pone hecho un tuto. A mí medio me tiene de mascota y me llama Jazmín y se tapa las narices en cuanto asomo de lejos la cabecita. No ruede por la pendiente fatal, querido cacique, no agarre por la vía muerta con la esperanza de que el doctor en jurisprudencia Barreiro es un bromista en góndola: es un abogado con chapa de bronce, que algunos conocidos lo saludan en el café-bar Tokio y que está por defender una manga de patagones, en un pleito de campos, aunque para mí cuanto más pronto se vayan esos hediondos y no detenten

nuestra sucursal Plaza Carlos Pellegrini, mejor. Todos se preguntan con la risita por qué le dicen el Potranco. ¡Flores de la picardía criolla, como quien dice!: hasta un extranjero empieza a ver que nuestro Potranco tiene cara de caballo y ganas no le faltan de jugarlo en la primera de La Plata; pero es lo que siempre me inculcan, que todos parecen algún animal y que yo parezco una oveja.

—¿Oveja? Mi candidato es el zorrino —dictaminó don Isidro, concienzudamente.

—Haga su gusto en vida, mi jefe — aprobó Frogman, iluminado por el rubor.



—Yo que usted —prosiguió Parodi —, no le sacaría el cuerpo a la creolina.

—En cuanto los vecinos pongan la cañería le prometo seguir su consejo desinteresado; qué julepe le pego: después del baño vengo a verlo y usted me toma por una mascarita.

Tras una brillante carcajada, Gervasio Montenegro —plastrón Fouquières, saco Guitry con ribetes, pantalón de Fortune & Bailey, polainas Belcebú de media estación, calzado Belphégor, plantillado a mano, sedoso bigote levemente istriado de plata— entró con briosa desenvoltura.

—*¡Ma condoléance,* querido

maestro, *ma condoléance!* —dijo eficazmente—. Mi *flair*, creo haber acertado con la palabra, ya me denunciaba desde la esquina la intrusión *redoutable* de este enemigo de Coty. La consigna de la hora es: fumiguemos.

Extrajo de una cigarrera de Baccarat un extenso Mariano Brull saturado de Kümmel y lo encendió con un *briquet* de plata sellada. Luego, soñador, siguió un instante las morosas volutas.

—Pisemos de nuevo la tierra firme —dijo, por fin—. Mi rancio olfato de aristócrata y de pesquisa me repite junto al oído que nuestro impracticable indianista no sólo ha concurrido a esta

*cellule* con móviles asfixiantes, sino para arriesgar su versión, más o menos caricatural y deforme, del crimen de San Isidro. Usted y yo, Parodi, estamos por encima de esos balbuceos. El tiempo urge. Acometo mi ya clásica narrativa:

»Mantenga usted su calma: he de atenerme al orden jerárquico de los hechos. Era, por una sugestiva coincidencia, el Día del Mar. Yo, listo para el ataque frontal del verano (gorra de capitán, saco de regatas, pantalón blanco de franela inglesa, calzado de playa), dirigía con cierta displicencia la erección de un cantero en la quinta que todos, tarde o temprano, adquirimos en

Don Torcuato. Le confieso que esas *besognes* de jardinería logran, siquiera por el instante fugaz, distraerme de los atenaceantes problemas que, decididamente, son la *bête noire* del espíritu contemporáneo. Cuál no sería mi legítimo asombro cuando el siglo XX golpeó en el rústico portón de la quinta, con los nudillos estridentes del *claxon*. Mascullé una blasfemia, arrojé el cigarro y, cuadrándome estoicamente, avancé entre los eucaliptus. Con la deslizada fastuosidad de un largo lebrel, un lento Cadillac entró en mis dominios. Telón de fondo: el verde severo de los coníferos y el afable azul de diciembre.

El *chauffeur* abre la portezuela. Baja espléndida mujer. Buen calzado, rica media, linaje. ¡Montenegro, dije yo! Acerté. Mi prima Hortensia, la indispensable Pampa Montenegro de nuestra *haute*, me tendió la fragancia de la mano y el fulgor amable de la sonrisa. Sería de mal tono, *cher maître*, ensayar por enésima vez una descripción que Witcomb ha hecho francamente superflua: usted, lector inevitable de cuanta figura aparece en diarios y revistas, ya saluda en su fuero interno esa cabellera gitana, esos ojos de oscura plenitud, ese cuerpo torneado por las llamas de su propia *cambrure* y que

dijérase nacido para la conga, ese *tailleur* en tela cruda pensado por Diablotin, ese pekinés, ese *chic*, ese qué sé yo...

»¡La eterna historia, mi estimable Parodi: detrás de la gran dama, el paje! En este caso, el paje se llamaba Le Fanu, Tonio Le Fanu, y era de abreviada estatura. Apresurémonos a reconocer su don de gentes, atenuado quizá por la impertinencia vienesa, por el *mot cruel*: parecía un duelista... de bolsillo, una cruz francamente atractiva de Leguisamo con D'Artagnan. Algo de maestro de danzas percibí en él, con otro tanto de bachiller y otro de

petimetre. Parapetado tras el monóculo prusiano avanzaba de lado, con pasos cortos y reverencias inconclusas. La generosa frente se alejaba en un jopo de betún, sin perjuicio de que la pera renegrada se dilatara en collarejo submaxilar.

»Desgranando una cascada de risas, Hortensia me dijo al oído:

»—*Lend me your ear*. Este pañete que me sigue es la última víctima. Nos vamos a comprometer cuando vos quieras.

»Bajo su barniz cariñoso, esta declaración encubría lo que los verdaderos *sportsmen* llamamos un

“golpe bajo”. En efecto, bastaron esas pocas palabras femeninas para que yo adivinara inmediatamente que se había roto el compromiso de Hortensia con el Baulito Pérez. Gladiador al fin, recibí el golpe sin un ay. Sin embargo, un ojo fraterno hubiera señalado al observador la momentánea crispación de todos mis nervios y el sudor frío que me perlaba la frente...

»Dominé, desde luego, la situación. *Bon prince*, reclamé para mi quinta el honor de la obligada cena que da el espaldarazo de circunstancias a la feliz... o infeliz pareja del año. Hortensia me dijo su gratitud con un



beso impulsivo: Le Fanu, con una interrogación *deplacée*, que me duele repetir en este lugar: “¿Qué nexo”, preguntó, “hay entre la comida y las bodas, entre la indigestión y la impotencia?”. Desdeñando con gallardía toda respuesta, les mostré punto por punto mi propiedad, sin omitir, por cierto, el Búfano en bronce de Yrurtia y el molino marca Guanaco.

»Ultimada la prolija visita, empuñé el timón de mi Lincoln Zephyr y me di el gusto de alcanzar, y de distanciar, el coche de la futura pareja. Una sorpresa me aguardaba en el Jockey: ¡Hortensia Montenegro había roto su compromiso

con el Baulito! Mi primera reacción, como es natural, fue pedir a la tierra que me tragara. Usted ya va pesando y sopesando los graves perfiles del caso. Hortensia es mi prima. Con esa fórmula defino, matemáticamente, la cuna y el linaje. Baulito es el mejor partido de la temporada; por el lado de la madre, es un Bengochea; eso quiere decir que va a heredar los trapiches del viejo Tokman. El compromiso era un *fait accompli*, voceado, comentado y fotografiado por el cuarto poder; era uno de esos hechos que reconcilian todos los sectores de la opinión; yo mismo había solicitado el apoyo de la princesa para que monseñor

De Gubernatis bendijera la ceremonia. Y ahora, de la noche a la mañana, en pleno Día del Mar, Hortensia lo planta al Baulito. ¡Rasgo muy Montenegro, reconozcamos!

»Mi situación, como *chef de famille*, era delicada. Baulito es un nervioso, un patotero (el último de los mohicanos, yo diría). Por lo demás, se trata de un *habitué* de mi establecimiento en Avellaneda, un camarada, un parroquiano cuya pérdida no me resigno fácilmente a afrontar. Usted conoce mi carácter. Presenté batalla inmediatamente: desde el mismo *fumoir* del Jockey mandé una extensa carta al

Baulito, de la que guardo copia, lavándome bien alto las manos de todo lo ocurrido y haciendo gala de un sarcasmo avezado *a l'égard de ce pauvre monsieur Tonto*. Para bien de todos, la tormenta fue de verano. La noche trajo el talismán que desvanecería el *imbroglio*: el rumor, confirmado minutos después por el propio Tokman, de que un telegrama de Shirley Temple vetaba el matrimonio de la dilecta amiga argentina, en cuya compañía visitara (¡apenas ayer!) el Parque Nacional de San Remo. *Rien à faire* ante el ultimátum de la pequeña actriz. De buena fuente me dijeron que hasta el

Baulito había izado bandera blanca, ¡quizás a la espera de que un telegrama futuro vedara el casamiento de la esquiva con Le Fanu! Abramos un crédito a nuestra sociedad: una vez divulgado a los cuatro vientos el simpático motivo de la ruptura, la comprensión y la indulgencia fueron unánimes. Al calor de ese clima decidí cumplir mi palabra y abrir las puertas de mi quinta a una cena en la que el *tout* Barrio Norte festejaría el compromiso de la Pampa con Tonio. Ese *party* era una necesidad bien sentida: en el arlequinesco Buenos Aires de la hora de hoy el porteño no se reúne, no se

frecuenta. Si las cosas siguen así, me atrevo a profetizar, llegará el día en que no nos conoceremos las caras. Los sillones británicos del club no deben alejar de nuestras miradas la generosa tradición del fogón; hay que reunirse, hay que remover el ambiente...

»Elegí, al cabo de maduras reflexiones, la noche del 31 de diciembre.

## II

El 31 de diciembre, a la noche, en la quinta Las Begonias, la demora del doctor Le Fanu mereció más de un comentario ingenioso.

—Cómo se ve que tu novio está que no se contiene de ganas de verte, y quién sabe con qué descocada tendrá programa para despistar —observó soñadoramente Mariana Ruiz Villalba de Anglada.

—La plancha fenómeno es la tuya que a propósito te viniste sin faja —replicó la señorita de Montenegro—. Yo

a tus años tomaría las cosas con soda; aprende de mí que estoy lo más contenta, aunque no me hago ilusiones que Tonio se haya matado en el camino, que sería una bolada.

—Yo me atengo a la tolerancia del cuarto de hora —sentenció una dama considerable, de piel blanquísima, de pelo y ojos renegrados, de manos singularmente bellas—. En nuestro reglamento, que ya lo copiaron en San Fernando, después de quince minutos por el reloj-taxímetro ya se les cobra la dormida como si estuvieran foki-foki Margarita toda la noche.

Un silencio reverencial acogió las



palabras de la princesa. Al fin la señora de Anglada murmuró:

—Qué pobre locatelli, yo, ponerme a hablar estando la princesa delante, que sabe más que el Libro Azul.

—Sin menoscabo de la galanura personalísima, del acento egregio —opinó Bonfanti—, sus palabras la consagran vocera de cuanto sentimos y resentimos los aquí congregados. Mote de necio, mote de majadero, carga el que contraría que en la princesa epitomadamente se compendian toda sindéresis y toda noticia.

—Usted no es quien para hablar de noticias —corrigió la princesa—.

Acuérdese la noche de su santo, que la tubiana Pasma lo sorprendió en la garita del tercer patio leyendo el *Billiken* en un número atrasado.

—*The elephant never forgets* — aplaudió la señorita de Montenegro.

—Pobre Bonfanti —dijo Mariana—, ahora sí que se vino para abajo como una que sabemos sin el *soutien*.

—*Ordem e progresso, mesdames* — suplicó Montenegro—. *Cessez d'être terribles et devenez charmantes*. Aunque el filoso espadachín que hay en mí vibra al unísono con toda polémica, tampoco debo manifestarme insensible a los tonificantes envites de la concordia.

Me atrevo a sugerir, además, no sin una *pointe* de ironía, que el ausentismo de nuestro novísimo *soupirant* no deja de aportar su presentimiento a mi espíritu de epicúreo y de escéptico.

—¡Bifes! Yo quiero que me den un bife alto así —dijo con despótica voz chilena Loló Vicuña de De Kruif, oprimiéndose un muslo. Era dorada, rubia y magnífica.

—El más auténtico y genial vitalismo habla por su boca de usted —aclaró Bonfanti—. Sin deslinajar en un punto la primacía de las hembras de aquende, cabe asentar que, en lo tocante a espíritu, habrán de sudar tinta las

temerarias que se arrojen a liza desigual con las damas de allende la cordillera.

La princesa arbitró:

—Bonfanti, usted siempre con el espíritu. Cuándo va a acabar de entender que lo que paga el cliente es una carne firme, robusta.

La espléndida señora de De Kruif perfeccionó la reprimenda:

—¿Qué se imaginará este roto pata pelada, que las chilenas no tenemos carne? —protestó bajándose el escote.

—Lo dirá para hacer creer que todavía no pasó por tu glorieta, aunque todos pasan —comentó Mariana. (Nadie ignoraba que la señora de De Kruif

dedicaba la glorieta de su quinta a las prácticas venusinas).

—Ya la embarraste fiero, Loló — dijo un muchacho turbulento, equino y canoso—. El pobre pata sucia lo que estaba tratando era de elogiarte.

Intervino un señor muy parecido a Juan Ramón Jiménez.

—Siga, Potranco, siga —lo estimuló—. Tutéela nomás a mi mujer como si yo no estuviera presente.

—La que está presente es tu bobera de tonto tapia —dijo con vaguedad la hermosa Loló.

—La mujer tiene que dejarse tutear —pontificó la princesa—. Yo siempre

inculco que es una costumbre del cliente y no cuesta nada.

—¡Bimbo! —dijo impulsivamente Loló—. Si quieres que te mire a la cara, ahora mismo caes de rodillas y le pides perdón a la princesa por haberte desmandado así con ella delante.

Una curiosa coalición de quenas bolivianas, de alegres campanillas de bicicleta y de negros ladridos salvó a De Kruif.

—Reconozcamos que mi oído de cazador se mantiene en primera fila —observó Montenegro—. Diviso el ladrido de Tritón. La toma de la *verandah* se impone.

Caminó hacia afuera, con altivez. Todos lo siguieron, salvo la princesa y Bonfanti.

—Aunque se quede no saca nada — afirmó la dama—. Ya le eché el ojo a todo el queso de chanco.

Desde la galería, Montenegro y los invitados gozaron de un alarmante espectáculo. Tirado por dos caballos negros, entre una nube clamorosa de emponchados ciclistas, un funerario y silencioso cupé avanzaba por la profunda alameda. A riesgo de rodar por las zanjas, los ciclistas soltaban el manubrio y tartamudeaban tristes acordes en las extensas quenas

bolivianas que los entorpecían. El cupé se detuvo entre la *pelouse* y la escalinata. Ante la consternación general, el doctor Le Fanu saltó de aquel mueble, agradeciendo con visible emoción el aplauso de su propia escolta.

Como después repetiría Montenegro, la incógnita no tardó en despejarse: los hombres de poncho y bicicleta eran miembros de la A. A. A. Dijérase que los capitaneaba un gordito fétido, que respondía al nombre y apellido de Marcelo N. Frogman. Este cacique estaba bajo las órdenes inmediatas de Tulio Savastano, que no chistaba sin permiso de Mario Bonfanti, secretario



del doctor Le Fanu.

—Apoyo la *trouvaille* —vociferó Montenegro—. A trueque de cierta añosa arrogancia y empaque señorial, ese cupé sugiere todo un interesante desdén por las ya caducas *entraves* del tiempo y del espacio. Las Begonias, *d'ailleurs* representadas por estas damas, saludan en usted al diletante, al argentino, al *promesso sposo*... No nos anticipemos, sin embargo, estimable Tonio, a los fecundos asuetos y bagatelas chispeantes de la sobremesa. El *clericó* se impacienta en el Baccarat, el *consommé*, ese inevitable comensal de todos los ágapes, apenas disimula

bajo su reticencia de *clubman*, el afán de las nobles expansiones y de la comunicativa serata.

La sobremesa en el salón decorado por Pactolus no defraudó las previsiones de Montenegro. La señora de Anglada, revuelta la sedosa cabellera, extenuados los ojos, trémulas las fosas nasales, sitiaba de preguntas y de presiones al joven arqueólogo con el cual había autoritariamente compartido el plato, la copa y aun el asiento. Éste, guerrero al fin, sumía la rosada calvicie en el poncho impermeable, según la estrategia de la tortuga. Con desesperante coquetería negaba que su nombre fuera

Marcelo N. Frogman y procuraba distraerla de su propósito con algunas adivinanzas para pasar el rato de Ratón Perutz de Achala. «No se gaste, señora», insistía a gritos el Potranco Barreiro, descuidando las suntuosas rodillas de madame de De Kruif, «el Pibe Fuerza Bruta soy yo». A la derecha de la *baronne* Puffendorf-Duvernois, el doctor Kuno Fingermann, alias Bube Fingermann, alias Jamboneau, improvisaba con frutas abrigadas, *marrons glacés*, puchos de tabaco importado, azúcar molida y un amuleto-Billiken, provisoriamente cedido por monseñor De Gubernatis, el plano

*machietta* de un asilo a erigirse en terrenitos que se irán a las nubes cuando se bendiga la piedra fundamental de la quema-curtiembre.

Sanamente arrebatado por las enormes sugerencias del tema, no valoraba en todos sus quilates el elemento *mujer* de su irritada interlocutora: esta dama (presidenta y fundadora honoraria de la Sociedad Los Primeros Fríos), se interesaba menos en la glutinosa arquitectura del obeso utopista que en el diálogo de la princesa, de monseñor y de Savastano.

—Yo no la voy con los establecimientos en formación abierta —dijo guturalmente la princesa, fijos

los severos lentes en la *maquette* erigida por Jamboneau—. A mí no me distraigan con novedades, yo me aferro como una rutinaria al *panóptico*, que es la última palabra en el renglón y que permite desde la torrecita donde está el marmota Cotone con los prismáticos llevar el censo de todos los movimientos de las pupilas, que hay cada especialista *que vous m'en direz des nouvelles*.

—Hip, hip, hurrah —murmuró monseñor De Gubernatis—. Usted, Alteza, que ve bajo el agua, ha abierto todo un surco fecundo a las actividades y al altruismo de nuestro interesante

Cotone. *The right man in the right place*, indudablemente... Yo, sin embargo, daría mi voto por una arquitectura más rigurosa en el Cottolengo a erigirse para llevarles la contra a esos judíos emboscados que han logrado engatusar a algunos pilares de nuestra iglesia con el cebo halagüeño pero utópico de Una Sinagoga Por Barba.

Savastano intervino afectuosamente:

—No se rompa todo, monseñor, que después no lo van a poder armar ni los barrenderos. La señora princesa le ha mandado cada verdad que usted no la levanta aunque lo rellenen de sopa seca.

Hasta los menores que todavía no les pueden prestar el pantalón largo saben cuál es la forma del establecimiento en Avellaneda, con esa torrecita que yo me la prometo para el Día del Vigilante, que es el que tiene franco Cotone. A usted, claro, no le queda más recurso que retrucar que la forma de los hoteles es otra cosa porque la sala de los millonarios da al primer patio y el escritorio del señor Renovales se me topa en la ñatita cuando usted entra.

El Potranco Barreiro volcó la ceniza de su Partagás en la oreja izquierda de Frogman e interrogó:

—Te acordás, Le Fanu, de la

Biblioteca Calzadilla, en Versalles, un local rasposo, enteramente desprovisto de torre; pero vos no la precisabas para ser el loco del reglamento, y al Pardo Loiá como lo devolviste al seno del hogar porque se le escapó un «de que», y a mí por un «concretando el caso» que hasta Rotas Cadenas Frogman lo entiende, me quitaste la dirección. Pero quién le va a guardar rabia a un bicho canasto.

Desde su rigurosa pechera y cuello inflexible, el doctor Le Fanu paró el golpe:

—Tratándose de esa biblioteca analfabeta y de usted, el único recurso



de la memoria es la amnesia total. He olvidado ese anexo de un mingitorio; ni usted ni su colega en cacofonía pueden jactarse de infamar mis recuerdos.

—Quizás un criterio sólidamente comercial obstruya mi visión — pontificó la espesa voz teutónica del doctor Fingermann—. Pero aunque su masa encefálica esté muy facultada para el olvido, me cuesta creer, doctor Le Fanu, que no recuerde los días feriados en que usted, Erna mi hermana y yo invertíamos cada uno un *pfennig* de su peculio para trasladarnos al jardín zoológico y usted nos explicaba los animales que eran de Sudamérica.

—Ante ejemplares como usted, prescindible Bube, el más explicativo de los zoólogos optaría por el silencio, cuando no por la contrición y la fuga — dijo secamente Le Fanu.

—No te pongas cabrero, cuellómano<sup>[4]</sup>, que todavía se te va a atragantar la verdura. Ni yo ni el ruso que le sudan las pecas tiramos a dejarte al nivel de un gargajo en subte —lo apaciguó el Potranco, y lo dejó tosiendo como un pobre tuberculoso con una amistosa palmada en la espalda.

Savastano aprovechó ese episodio para correrse hasta la soberbia señora de De Kruif y sugerirle al oído:

—Me contó un pajarito que la señora atiende en un quiosco en la quinta. ¡Sandié, sandié, quién lo conociera a Quiosquito!

Loló, lejana como la astronomía, le dio la espalda.

—No sea burlesco y páseme la Parker —le ordenó a monseñor De Gubernatis—. Tengo que poner una dirección para el doctor Savastano, que es bien simpático.

Entrecerrados los ojos, tensa y descubierta la dentadura, el mentón en alto, la respiración regular, prietos los puños, flexionados los brazos, los codos ágilmente colocados a la altura

reglamentaria, el doctor Mario Bonfanti, ese veterano del paso gimnástico, salvó sin mayores tropiezos los pocos metros que lo separaban de Gervasio Montenegro. Casi había traspuesto la meta, cuando consiguió levantarse después de la acertada zancadilla interpuesta por monseñor De Gubernatis. Arrimó una boca jadeante a la oreja derecha de Montenegro, y todos oyeron con desafecto un espeso rumor de enes, de elles y de zetas.

Montenegro lo escuchó con perfecta compostura, estudió un Movado extrachato y se puso de pie. Secundado por el inevitable champagne de los

grandes oradores, dijo con arrogante VOZ:

—Esclavo del loable afán de *paraître à la page*, nuestro noticioso factótum acaba de revelarme que faltan contados minutos para que 1944 rompa el cascarón. El escéptico blandirá su sonrisa; yo mismo, siempre florete en alto contra los *ballons d'essai* de la propaganda, no he vacilado en consultar mi... *time machine*. Renuncio a abocetar mi sorpresa: faltan exactamente catorce minutos para las doce. ¡El informante tenía razón! Abramos un crédito a la pobre naturaleza humana.

»1943, pese a la carga de los años,

se bate en retirada gallardamente, con el aplomo de no sé qué *grognard* napoleónico, dispuesto a defender uno a uno su restante *stock* de minutos; 1944, más bisoño y más ágil, no cesa de hostigarlo con las flechas que hospeda su carcaj. Señores, confieso que he tomado partido: mi puesto, pese a la plata de las canas y a la piedad severa de los jóvenes, está en el porvenir.

»1.º de enero de todo año futuro, venidero... La fecha evoca invenciblemente esas galerías que el azar brinda a los afanes, cuando no a la piqueta, de los mineros subterráneos, y que cada cual se figura de manera *sui*

*generis*: el escolar espera que el año le traerá... pantalones largos; el arquitecto, la airosa cúpula que vendrá a coronar su labor; el militar, la bizarra charretera de lana que compendia toda una interesante vida de sacrificio en el propio timón de la cosa pública, y que hará llorar de alegría a la noviecita; ésta, el héroe civil que la salvará del *mariage de raison*, impuesto por el egoísmo de los abuelos; el banquero ventripotente, la improbable fidelidad de la *cocotte grand luxe* que adorna pomposamente su tren de vida; el pastor de hombres, el victorioso fin de la guerra pérfida que le impusieran, mal de su grado, quién sabe

qué modernos cartagineses; el prestidigitador, el conejo que tantas veces extrajera del *clac*; el artista pintor, la consagración académica, inevitable corolario del *vernissage*; el hincha, la victoria de Ferrocarril Oeste; el poeta, su rosa de papel; el sacerdote, su *Tedeum*.

»Señores, posterguemos, siquiera por esta noche, los inamovibles interrogantes y las perjudiciales obsesiones de la hora actual y empapemos los labios en la burbuja.

»Por lo demás, conviene no cargar las tintas. El panorama contemporáneo, examinado por la lupa crítica, es



innegablemente brumoso, pero no deja de acusar al observador avezado algún oasis atendible (excepción que apenas confirma ¡al rojo vivo! la naturaleza desértica del contorno). Vuestros guiños, que no logra sofocar la etiqueta, adelantan la conclusión: inútil ocultar que he aludido a nuestra imponderable Hortensia y a su *cavaliere servente*, doctor Le Fanu.

»Encaremos con una mente abierta, sin el velo rosado que escamotea los más mortificantes lunares, sin el insobornable microscopio que los magnifica y subraya, los rasgos y perfiles característicos de nuestra pareja

de turno. Ella (*place aux dames*, os conjuro, *place aux dames*) está presente: todo bosquejo es pálido ante la opulencia fragante de esa cabellera; ante esos ojos que, a la sombra de la pestaña amiga, tienden sus redes enervantes; ante esa boca que hasta ahora sólo sabe del gorjeo y del *flirt*, de la golosina y del *rouge*, pero que mañana, ay de mí, sabrá de la lágrima, ante ese... qué sé yo. ¡Perdón! El aguafuertista de raza acaba de ceder otra vez a la tentación de lapicear una silueta, un estudio, en unos pocos trazos definitivos. Para describir una Montenegro, un Montenegro,

cuchichearán ustedes. Pasemos (la transición es de rigor) al segundo término del binomio. Al emprender el abordaje de esta singular personalidad, no permitamos que nos rechacen la espinosa maraña del cerco vivo y las inevitables *broussailles* de la periferia. A trueque de una fastidiosa fachada que se complace en ignorar las más rudimentarias exigencias del canon clásico, el doctor Le Fanu es todo un inagotable venero de frases cáusticas y de razonamientos *ad hominem*, todo ello sazonado por una ironía de buena ley ¡claro está que sólo al alcance de aquellos *amateurs* capaces de

pronunciar el *sésamo ábrete*, que hará bajar el puente levadizo y nos deparará los tesoros de la sencillez y de la bonhomía, tanto más aceptables cuanto menos usuales en el comercio! Se trata de un producto de invernáculo, de un estudioso, que une a la sólida argamasa teutónica la inmortal sonrisa de Viena.

»Sin embargo, el sociólogo que todos llevamos *in petto* no tarda en elevarse a una altura considerable. En esta pareja feliz, ya comentada hasta el cansancio por los más recientes *bridges* de... beneficencia, acaso importen menos los individuos (brillantes pero efimeros pasajeros entre una y otra

nada) que el volumen ideal desplazado por este *fait divers*. En efecto, el *mariage de raison* a realizarse en San Martín de Tours, no sólo dará motivo a una exhibición del poderoso estilo litúrgico de monseñor De Gubernatis; constituirá también todo un índice de las nuevas corrientes que infunden el vigor de su savia (¡no siempre libre de impurezas!) en el añoso tronco secular de las familias próceres. Tales núcleos cerrados son los depositarios del arca de la pura y genuina argentinidad; en la madera misma del arca, el doctor Tonio Le Fanu se encargará, por cierto, de injertar los más pujantes brotes del

Fascio, sin excluir, a fe mía, las proficuas lecciones de un nativismo bien entendido. Trátase, como siempre, de una simbiosis. En este caso, los átomos interesados no se rechazarán: nuestras familias medulares, tal vez postradas por el más desesperante liberalismo, sabrán acoger de buen grado esta infusión de porvenir... Pero —el orador cambió de voz y de color— he aquí el presente, bajo una forma decididamente atractiva...

Un señor compacto y sanguíneo, indignado y fornido, de módica estatura y de brazos cortos, entró por el balcón y repitió con apasionada monotonía una

sola mala palabra. Todos notaron que el intruso estaba como envainado en un traje blanco; Montenegro, menos sintético, se limitó a observar que empuñaba un bastón con nudos; Loló Vicuña de De Kruif, sensible a todos los vigores de la naturaleza y del arte, admiró esa cabeza enclavada directamente sobre los hombros, sin la claudicación de un pescuezo. El doctor Fingermann avaluó en trescientos veintidós pesos los gemelos en herradura.

—Traga saliva, Mariana, traga saliva —dijo en un susurro de éxtasis la señorita de Montenegro—. Sos testiga

que el Baulito viene a pelear por mí. Por vos no se pelea ni el gaita.

Estimulado por esta indeclinable alusión, el doctor Mario Bonfanti —macrocefálico, deportivo y lanar— le cerró el paso al colérico y no tardó en asumir la posición de guardia del púgil negro Jack Johnson.

—Son de un parto villanos y porfias —dijo eruditamente—. A su batahola, mi caballeroso chitón; a su churriburri, mi rapapolvo; a su denuesto, mi denuedo; a su mangoneo, mi...

Frogman, cuya libretita con lápiz había recogido más de una sílaba de las que emitía (sin duda, en *chamuyo*



*argentinista*) Mario Bonfanti, tuvo que resignarse a desconocer el final de la frase. La dejó irreparablemente inconclusa un sonoro bastonazo del Baulito.

—Piedra libre para don Pesto —  
aclamó Savastano—. Para mí que al  
revirarle la napia, le sanó las  
vegetaciones.

Inaccesible a la lisonja, el Baulito  
repuso:

—Una palabra más y le arruino esa  
cara de baticola.

—No sea pesimista, doctor —  
protestó Savastano, retrocediendo  
velozmente—. No diga esas cosas tan

tristes, que ya me retiro en buen orden.

Tras el impacto de esta frase, reanudó el diálogo iniciado con la prestigiosa Loló.

El doctor Le Fanu se puso de pie.

—Me niego a denigrar esta salivadera, o a Frogman, empleándolos como arma arrojadiza —gritó—. Huya, Mattaldi: mis padrinos visitarán mañana su pesebre.

Un puñetazo de Baulito estremeció la mesa y rompió unas copas.

—¡No estaban aseguradas! —dijo con admirativo pavor el doctor Kuno Fingermann. Se levantó, magnificado por el asombro, tomó al Baulito por los

codos, lo elevó a cierta altura, y lo arrojó por el balcón, siempre repitiendo —: ¡No estaban aseguradas! ¡No estaban aseguradas!

El Baulito cayó en el pedregullo, se levantó pesadamente y se alejó profiriendo amenazas.

—¡Una tormenta de verano, *décidément!* —sentenció Montenegro, ya de regreso de la terraza, donde el incorregible soñador se asomara un momento a saludar las constelaciones y a ensayar un cigarro—. Para el observador de alta escuela, el risible final que acaba de asumir este lance denota con sobrada elocuencia lo

inconsistente y baladí del suceso. Algún *friend* de emociones fuertes deplorará tal vez que el espadachín que está de incógnito bajo mi impecable pechera no haya salido anticipadamente a la pedana; pero el inveterado analista deberá confesar que bastaron figuras menores para esta subalterna *besogne*. En fin, señores, el fugaz Baulito ha hecho mutis. Muy por encima de estos *enfantillages* que me resultan francamente pueriles, alcemos la copa y mojemos el bigote sedoso en honor del año, de su pareja y de todas las damas aquí sonrientes.

Loló, reclinando la fastuosa cabellera en el hombro de Savastano,

murmuró soñadoramente:

—Bien me dijo esa guasa de la baronesa de Servus que el Bube Jamboneau era muy sano. Lindo, ahora mismo me devuelve la dirección, que se la paso al judío.

### III

—Fuerza es reconocer a tambor batiente —observó Montenegro, encendiendo el tercer *tabaco* de esa mañana— que la escena que acabamos de presenciar, el choque más o menos peligroso de dos aceros toledanos y de dos temples, es un sólido tónico en estos años de pacifismo *a outrance* y de guerras endosadas por Wall Street. A lo largo de una vida proteiforme que todo observador estupefacto calificará, tal vez, de variada, he cruzado el estoque inapelable en esos grandes duelos

*ancien régime* que nuestra fantasía de vuelo gallináceo, mediocre, apenas logra abocetar. ¡Confesemos sin un ambage que el más aguerrido dialéctico debe empuñar en la ocasión el argumento de la espada!

—Cerrá el pico, tegobi, que todavía se te va a enfriar el feca con chele — gritó cariñosamente el doctor Barreiro.

—¡Superfluo! —replicó Montenegro, con bonhomía—. La pituitaria nos advierte que ese diablo de Moka es impostergable.

Tomó la cabecera de la mesa. Ya Fingermann, De Kruif, Barreiro, el Baulito (con parche poroso), Le Fanu

(con envoltura húmeda) y el propio Tokman, se disputaban los *croissants* distribuidos a manos llenas por Marcelo N. Frogman, alias Berazategui, sobriamente caracterizado de mucamo.

Un hábil manotón del Potranco frustró la gula del doctor Le Fanu. Lo conminó:

—No te mandes a bodega todos los Terrabussi, morfón.

—¿Morfón? —comentó enigmáticamente Jamboneau Fingermann —. ¿Morfón? Mormón, más bien; ja, ja, ja.

—Apresurándome a admitir, nulo Fingermann, que no basta la posesión de



una envoltura húmeda y de una urticaria incipiente para abismarme a la altura de usted —pronunció el doctor Le Fanu— le propongo, sin temor a la paradoja, que se traslade al campo del honor y repare ese estólido *ja, ja, ja*, con las armas o con la fuga.

—Veo que usted opera en un campo decididamente alejado de la materialidad bursátil —bostezó el aludido—. Su proposición queda congelada.

Como lo habrá adivinado el lector —sensible como un grumete al primer rolido— la escena que enfocamos ocurría a bordo del yacht *Pourquoi-*

*pas?*, de Gervasio Montenegro, que enfilaba la proa hacia Buenos Aires, dando altivamente la espalda a la coqueta costa uruguaya, *parsemée* de colores y de veraneantes.

—Repudiamos todo necio personalismo —propuso Montenegro—. Subrayemos bien alto que en mi rol, por cierto difícil, de Director de Duelo, el esgrimista no desmereció del hombre de sable, el aristócrata del *salonnard*. Reivindico mis derechos a... este pan de salud.

—Qué tanto director y tanta factura —rezongó el Baulito— si al primer arañazo te demudaste como mate de

leche...

—Concedo —afirmó el doctor Le Fanu—. En cuanto a su color personal, evasivo Pérez, no pude precisarlo, ya que usted se desplazaba con entusiasmo hacia la frontera del Brasil.

—Macanas y calumnias —replicó el Baulito—. Si no te salva el gong, te dejo como un puré, cucaracha.

—¿Puré? —inquirió Tokman, interesado—. Yo siempre doy mi voto a los farináceos.

Pero Barreiro ya intervenía con discreción:

—Acábenla, microbios. ¿Cómo no manyan que aburren?

—Más aburrido quedarás vos, cuando de un saque te haga tomar un baño de asiento en el agua dulce — explicó el Baulito—. Rendite a la evidencia: mira la cara de perro que tiene el punto y después asómbrate de que yo ladre.

—Eso del perro me hace pensar en otra macana —reflexionó el Potranco—. Vez pasada, por ensayar la vista en lo del afeitante, me dio la loca y me puse a leer un cuentito en colores del Suplemento. Le habían puesto *El oráculo del perro*, pero no era gracioso. Se mandaba el caso de un tipo con traje blanco que lo encuentran en estado

fiambre en una glorieta. Vos te rompes el mate con la idea fija de cómo se las ingenió el criminal para espantar del recinto, porque había una sola arteria de acceso que la vigilaba un inglés de pelo colorado. Al final te convencen que sos un crosta, porque un cura descubre la matufia y te ponen la tapa.

Le Fanu protestó:

—Al misterio hipotético de esa fábula, nuestro centauro agrega el misterio auténtico de una exposición embrionaria y de una sintaxis cuadrúpeda.

—¿Cuadrúpedos? —inquirió

Tokman, interesado—. Yo siempre digo

que el trencito del Zoo encarna la derrota definitiva de la tracción a sangre.

—Sí, pero si fuera tirado por una larga fila de animales, economizarían combustible —observó Fingermann—. ¡Aun así cuesta diez centavos!

El doctor Barreiro exclamó:

—Deja pasar esos diez centavos, Jacobos, que todavía te van a tomar por judío. Total, la maquinita de hacer pesos no se te espianta.

Miró beatíficamente al doctor Le Fanu. Éste lo interpeló:

—Por enésima vez, piafante jurista, compruebo que el *argot* y el solecismo

no lo abandonan. Sofrene ese entusiasmo solípedo: mientras usted persista en ser la sombra de tan rechoncho Bube, yo me resignaré a ser la suya.

—Suerte negra, muchachos — comentó Barreiro—. Me tocó una sombra con monóculo.

Montenegro intervino, soñador:

—A veces el *causeur* más ágil pierde la liebre. Una elegante distracción en la que intervinieran, sin duda, cierto disculpable desdén y las cavilaciones de un cerebro que anida muy en lo alto, me ha forzado a perder algunos *replis* del diálogo que aviva nuestro simposio.

No todos los presentes habían avivado el simposio. Hasta el lector habrá advertido que Bimbo De Kruif, fijos los ojos en una verosímil paloma de carne de membrillo, no había articulado ni un monosílabo.

—Ufa, De Kruif—relinchó Barreiro— si se te relleno la boca, ¿por qué no diste parte? No te hagas el cine mudo, Barbone, que somos pibes modernos.

Montenegro lo apoyó decididamente.

—Hago llegar mi palabra de estímulo—dijo, acometiendo su cuarta *brioche*—. Ese mutismo exagerado es siempre una máscara que el hombre de buen gusto reviste en la soledad, pero



que se apresura a arrojar en cuanto se sumerge en el círculo de los grandes amigos dilectos. ¡Un *badinage*, un *potin*, estimado Bimbo, siquiera un *mot cruel*!

—Vino mudo como el toro agachado que le pesan los cuernos —comunicó al universo el doctor Fingermann.

—Mutile su metáfora —propuso Le Fanu—. Sustituya toro por buey: su epigrama ganará precisión, sin perder chabacanería.

Pálido, impasible, remoto, De Kruif articuló:

—Una palabra más contra mi señora, y los beneficio como a cerdos.

—¿Cerdos? —inquirió Tokman,

interesado—. Yo siempre digo que para valorar el ganado porcino no basta consumir un alto de sándwiches de lechuga en la Confitería del Gas.

## IV

Referidos los hechos anteriores, no sin alguna ojeada sardónica a los grandes panoramas contemporáneos, Montenegro se resignó a fumar el último *La sin bombo* de Frogman e invocó su flamante afonía para ceder la palabra a este cacique.

—Póngase usted en mi camiseta, señor Parodi, comprenda mi caso —susurró Marcelo N. Frogman, alias Caño Maestro—. Le juro por las termas de Cacheuta que esa serata los muchachos estábamos más contentos que si yo

hubiera olido un queso. Bicicleta, que es un globero serio, pasó el dato, confirmado ratos después por Diente de Leche, que se atiene a repetir todas las milanesas de Bicicleta, que la misma noche del crimen el doctor Le Fanu se trasladaría de San Isidro a Retiro, so pretexto de ver en el cine Select Buen Orden la cintita patriótica que se obtuvo cuando el desfile de los gauchos en el Balneario. Compute usted a ojo de buen cubero nuestro entusiasmo: algunos con la mieditis de que los batilanas divulgaran que habíamos desertado todos a una de esa cita de honor, hasta proyectamos trasladarnos en masa al

cine Buen Orden, que está a la vuelta, para ver de cerca al doctor Le Fanu viendo la cinta de los gauchos que, con el cebo de la producción Ufa *Gimnasia para el adulto de clase media*, la encajaban de contrabando como chasco de relleno, aunque más de uno levantaba una silbatina que si yo concurreo pienso que los tenía alterados mi sobaquina. Claro que después pasó lo de siempre: el fantasma de la boletería bastó para enfriar los ánimos de los más, aunque otros se desacataron escudados en razones de peso: Diente de Leche, por carencia de una confirmación oficial de que el Trompa concurriría; Golpe de

Furca, que es el carnero de la disciplina, porque lo encandiló el espejismo (presentado bajo el contorno atractivo de una invitación de cartón) que en las esquinas de Lope de Vega y Gaona distribuían cucharones de sémola al suertudo que se mandara su acto de presencia; Tortugo Viejo, alias Leonardo L. Loiácomo, porque un escorchador anónimo le confió por teléfono que el padre Gallegani firmaría en persona, desde un tranvía sin acoplado, especialmente fletado por la Curia Eclesiástica, un retrato postal del Negro Falucho. Yo mismo, para sacarme el lazo, aproveché que tenía que rumbear a

San Isidro pedaleando como un Mono Pancho en mi Automoto. Pucha que el indio goza afeitando los ómnibus con la bicicleta y corriendo carreras con los nenes patinadores, que a las primeras de cambio lo dejan cola, sudando la gota gorda dentro de su ropita de abrigo. Yo ya estaba lustroso de cansancio, pero no me caía de los manubrios porque me sostenía el orgullo argentino de ver en carne propia lo grande que es la Patria, y eso que a gatas había llegado a Vicente López. Ahí opté por echar una cana al aire y me entré lo más ladinazo, que no me recogieron en carretilla porque no había ninguna, en la popular parrillada

El Requeté, donde en vez de la fuentada de mazamorra con pancito para hacer sopas que reclamé de prepo, taimadamente me rellenaron de guiso de garbanzos, que si no protesté como un marrano fue para no fomentar esas reacciones del mozo, que saben ser tremendas. Me zamparon encima hasta media botella de Hospitalet, que cuando tuve que abonarla seguí viaje más soliviado, porque mi camiseta con mangas ahora lo tiene calentito al patrón.

—El destino de ese *restaurateur* —observó Montenegro— es, a todas luces, mefítico. Bajo la especie francamente



atractiva de una camiseta con mangas usted le ha inferido, más bien, una moderna túnica de Neso, que le asegurará (¡para siempre!) esa soledad que es privilegio incuestionable del zorrino de nuestros campos.

—Con esa verdad tamaño bollo me distraía yo —admitió Frogman—. Claro que el indio, cuando estrila, se pone como un tuto y yo no trepidaba en imaginar una porción de venganzas, que si ahora se las divulgo, ustedes se reirán como unos gorditos. Les juro que a no ser por el gran invento argentino de las impresiones digitales doy la cara y le pongo un anónimo al vascongado, con el

firme propósito, eso sí, de no volver a inmiscuirme en la parrillada, no fueran esos déspotas a darme mi lugar. La misma decisión con que di la espalda a Vicente López me hizo llegar como en manomóvil a San Isidro. Sin tan siquiera resolverme a hacer pis contra un arbolito, no fuera algún menor de edad a tomar posesión de la bicicleta haciendo caso omiso de mis más lastimeros ayes, llegué como por un tobogán a los fondos de la quinta con glorieta de la señora de De Kruif.

—¿Y qué andaba buscando a esas horas por los bajos de San Isidro, don Mono Pancho? —preguntó el

investigador.

—Usted pone el dedo en la nana, señor Parodi; yo buscaba cumplir con mi deber y entregar en las propias manos del señor Kuno un librito-aguinaldo, que le mandaba nuestro presidente, la obrita cuyo nombre lleva por título un letrero en jeringoza.

—¡Una tregua —imploró Montenegro—, una tregua! El trilingüe abre fuego. El *opus* en cuestión es *La incredulidad del padre Brown*, en el más hermético de los textos anglosajones.

—A fuerza de hacer ruido de tren con la boca para distraerme —continuó

Frogman—, llegué sin darme cuenta, con la cara lavada por el sudor y las piernas tan blandas que más bien parecían de queso fresco. Chucu-chucu-chucu hacía yo, cuando casi caigo redondo, porque en eso me veo un hombre apurado trepando la barranca como si jugara a la mancha subida. En esos trances en que usted se olvida hasta de Tupac Amaru, yo nunca dejo de contar con una válvula de escape: la fuga incontenible, torrencial, a campo traviesa. Esa vez me retuvo el miedo de la raspa merecida que el doctor Le Fanu me daría sin asco por no haber entregado su librito. Sacando coraje de la mieditis, lo saludé

como un animal amaestrado, y recién me di cuenta que el desconocido que subía era el señor De Kruif, porque la luna le daba en la chiva, que la tiene colorada.

»¡Mire que el indio es pillo, señor Parodi! Ni bien el señor De Kruif no me saludó yo manyé que me había reconocido, porque hay cada urso que si lo deja sin el saludo le afeita la barba y bigote de un tirón gratis. Conmigo es otra cosa porque ya se sabe que el miedo no es sonso ni junta rabia.

»Yo seguí hecho un bacán, claro que suspendiendo mi chucu-chucu para otro carnaval, no fuera ese barbita a pensar que yo me había desmandado a tomarlo

para el fideo y a descargar su cólera. Salí marcando tiempo, que más me hubiera valido quedarme quieto como un conejo embalsamado, porque me viera usted, trepando por una montañita sorpresa que después tuve que desatascarme del barro y salir de la zanja que si me divisan ustedes me toman por un candombe.

»¡Qué julepe se pegó un servidor! La montañita vino a ser la pancita del doctor Le Fanu, que yo sin pedir permiso pisé, pero él no me mandó a la misma miércoles porque estaba más muerto que un bife con papas fritas. Obstruía la vía pública de espaldas, con

un buraco tamaño dedo gordo en la frente, que es por donde le salía la sangre negra que ahora le encostraba la cara. Yo me encogí como un rulito cuando vi que era el Trompa, que estaba lo más cafisho, con el chaleco blanco y polainas ídem y el calzado marca Fantasio, que poco me faltó para gritar *resaca y tierra negra para las plantas*, como en el tango cómico, porque los tamanguses me recordaron la fotito del señor Llambías en persona, instalado como un magnate en el barro medicinal de Huincó.

»Yo tenía más miedo que leyendo un cuentito con enfadados, pero esa tregua

duró poco porque enseguida se me puso entre ceja y ceja que el doctor De Kruif también había maliciado que el criminal andaba suelto por ahí y por eso no había trepidado en salir como cohete. Yo me mandé una ojeada panorámica jefe, que no pasó del quiosco-glorieta, porque ahí la vi poniéndose en fuga a la señora de De Kruif con el pelo suelto.

—La intervención del gran pincel es impostergable —observó Montenegro—. Subrayemos la simetría de su dibujo: dos personajes detentan el plano superior; dos, el inferior. En la cumbre aérea de la barranca, Loló Vicuña, soberanamente destacada por un justo



enfoque lunar, se retira, *blasée*, del vano *quid pro quo* policiaco. Gallarda lección para el esposo que, asimilado a las tinieblas afines, huye por la mediocre ladera, movilizado por quién sabe qué justificado *souci*. Lejos de nosotros aguardar, estimable Parodi, que la base corresponda a la cúpula. La enturbian dos figuras rudimentarias, mal desligadas todavía del impuro fango fluvial: el cadáver, de quien fuera futesa esperar siquiera un latido, y el vejete pueril que nos depararan ¡presente griego! los albañales de Varsovia. Rubrica el cuadro el velocípedo del *aztéque*, o más bien del *météque*. ¡Ja, ja,

ja, ja!

—¡Santas palabras, mi amito! — exclamó Marcelo N. Frogman, alias El Fondo A La Derecha, batiendo palmas —. Le prometo que yo quedé como leche cortada. ¿Quién hubiera reconocido en mí al gran jovial, al ciclista desinteresado, que atravesaba la noche en Automoto, confiando a los pueblitos periféricos su inofensivo chucu-chucu?

»Yo me consagré por entero a emitir chillidos de auxilio, claro que *sotto voce*, no fuera cosa de que me oyese algún apolillante a pierna suelta o tan siquiera el criminal. Luego me llevé un

susto que ahora que estoy sentado en este cuartito me río buenamente al recordarlo. Lo más campante, con el perramus recauchutado y el sombrero-galera de su propiedad, se me apareció con guantes carpincho y bastón de media estación el doctor Kuno Fingermann, silbando el tango *A mí nunca me mordió un chancho*, sin respeto ninguno por el difunto, a quien en la natural distracción ni siquiera había junado. Yo me hago cruces y me mando una ducha de agua bendita si me da por pensar que ese paquetón mofletudo cayó como un chorlito en el teatro mismo del acto de violencia, donde a lo mejor detrás de

cada pastito acechaba un bandallo capaz de julepearme... Claro que yo enseguida no pude hacerme esa composición de lugar, porque sólo tenía ojos para el bastón en el que se apoyaba como un pobre lisiado ese Trompifay, que aun antes de tirar en el cantero al niño Baulito yo lo respetaba más que al señor de la calesita, que siempre está bicha que bicha para que yo no circule gratis. No pierda el equilibrio, señor Parodi, grave este despropósito en el cacumen: en vez de esas palabras vulgares, sencillas si se quiere, que el acto de presencia del mortadela hubiera debido dictarle, ese morfón de natas me tomó

por la corbatita con los colores del club K. D. T. y me dijo con la cara tan cerca de la mía que se miraba en mi frente como en un espejo: “Usted, Agua Abombada, que más bien podría llamarse Aguas Servidas, gíreme a la vista el importe que le abonaron para espíarme, ya que lo sorprendí *infraganti*”. Yo, con la ocurrencia de distraerlo de ese feo propósito, me puse a entonar el cantito escolar a mi bandera del teniente segundo de zapadores interventor, pero perro porfiado saca mendrugo, porque a las primeras de cambio me soltó la corbata con la distracción y se quedó mirando al

extinto, que ya estaba al margen de la Historia, como quien dice. Viera la cara de azorado y de pompa fúnebre que se mandó. Si lo oye hablar, usted se ríe como si yo me diera un golpe. “Pobre hermano”, dijo con la voz de cemento portland, “morir el día que las acciones subieron medio punto”. Mientras lo quebraba un sollozo seco, yo aproveché hasta un par de veces para sacarle la lengua, claro que a sus espaldas y emponchado en las sombras de la noche, no fuera ese lágrima viva a notarlo y a enseñarme un poco de respeto con la mano pesada. Yo en todo lo que sea mi seguridad personal me cuido como

pintura fresca, pero en materia de infortunios ajenos, soy más bien un soldado: usted me ve sonriente en la brecha, como si no pasara tal cosa. Pero esa vuelta, de poco me valió el estoicismo porque antes que pudiera encaramarme en la bicicleta para emprender rumbo a casita mi alborozado chucu-chucu, ya me había cazado de una oreja el doctor Kuno Fingermann, sin fijarse que después en la mano se le iban a pegar las moscas. Entonces sí que me se bajaron los humos. “Comprendo”, dijo. “Usted se fatigó de que lo tratara como la suela de zapato que es; tomó un revólver que ahora ha despistado en el

barro y se lo explotó (pum, pum, pum) en la frente”. Sin favorecerme con una yapita de asueto para que yo me mandara un pis en el bombachón, se puso ese *Platero y yo* en cuatro patas, con la pretensión de encontrar por chiripa el arma de fuego, como si fuera el comisario Santiago. Yo lo sobraba lo más serio, tratando de pensar, para regocijar el espíritu, en un Patoruzú de franela para mí solo. Pero, en el entretanto, no le quitaba los ojos con la esperanza de que el revólver que encontrara fuera de chocolate y me cediera todo el papel de plata y un pedacito. ¡Qué chocolate ni qué revólver



iba a encontrar ese comilón en el callejón! Lo que sí encontró fue más bien un bastón de longitud de 0,93, en malaca, de estoque, que sólo un chicato hubiera confundido con otro de propiedad del finado doctor Le Fanu, y que resultó ser el mismo. Ver el bastón del ruso y asustarme con él fue todo uno, porque me dijo que el gusanófilo lo había portado para atajarse, pincha que pincha, mis topetazos, pero que yo le firmé la boleta (pum, pum, pum, pum, pum, pum) de un solo balazo. ¡Ahijuna que el indio es zorro! Lo dejé tecleando con la respuesta. Le chanté con arrojo la gran verdad de preguntarle si él creía

que yo era hombre de atacar por delante. ¡Suerte maula!, no se dejó ablandar ni ante mis lágrimas ni ante los noventa milímetros de pantomima acuática que se mandó el chubasco en ese momento y que por poco me despega la costra y me pasmo todo.

»Montó como un veterano en la Automoto y, siempre agarrado de la oreja que me la aplanaba contra el manubrio, tuve que chapalear a su lado hasta tener el gusto de divisar la lucecita de la comisaría donde los guardianes del orden me dieron una buena felpada. A la mañana siguiente me convidaron con un mate frío y, antes de baldear con

el desodorante todo el local, me tomaron juramento de que no aportaría más por ahí. Saqué permiso para volver de infantería hasta Retiro, porque la bicicleta la confiscaron para que saliera retratada en un diario del Hogar Policial, que no pude adquirir para satisfacer mi legítima curiosidad porque lo dan por cinco centavos.

»Nunca me acuerdo de decirle que en la comisaría el vigilante con catarro fue destacado para revisarme antes de tomar su baño los bolsillos. Levantaron un censo del contenido, que aunque yo maliciaba *grosso modo* lo que iban a encontrar no les decía ni mu para traer

con mi astucia el confusionismo. Sacaron tantas cosas que yo me suelo preguntar si soy el canguro, o más bien una comadreja que es cien por cien argentina y está cerca del quiosco donde se expende en cartuchitos de papel el maní. Primero los sorprendí fácil con la pajita para tomar refresco en las confiterías; después, con el borrador y las correcciones de una tarjetita postal que iba a remitir a Diente de Leche; después, con mi *brevet de indio*, de la A. A. A., del que más de una vez debí renegar ante la sospecha de que me levantara la voz algún extranjero; después, con el merengue seco que llevo

para no quedar todo bañadito en la crema; después, con unas moneditas de cobre que ya están blandas con el uso; después, con un ermitaño-barómetro que se asoma de la garita cuando entran a dolerme los cagliostros; por último, con el libro-aguinaldo que el señor Tonio le expedía al señor Chancho Rosillo Fingermann, firmado por el doctor Le Fanu. Yo me río que con el movimiento usted me discute que soy el Flan Gigante y si no se me rompe el labio es porque le pongo manteca, de que esos pánfilos que, cosa de entrar un poco en calor, me habían propinado un pesto liviano que cuasi me desmontan del esqueleto,

tuvieran que rendirse a la evidencia de que yo portaba un libro-misterio que estaba en idioma que ni Dios pescaba ni diome.

# V

A los pocos días el doctor Ladislao Barreiro, alias el Potranco Barreiro, alias Estatua de Garibaldi Barreiro, entró en la celda 273, tarareando el tango-milonga *El Papa es una fija*. Se alivianó de un pucho y de un salivazo, tomó posesión del único banco, puso todos los pies en la cucheta reglamentaria y luego de limpiarse una uña con el cortaplumas que echamos de menos aquella noche, vociferó entre dos bostezos y el bufido de práctica:

—Está en su día, don Parodi. Aquí

le presento al doctor Barreiro: puede mirarme como a su padre en el asunto R. I. P. Le Fanu. Usted, donde lo ven, se da el lujo de haberme sacado del Garibotto, donde al propinómano le encajan un fecca netamente recalentado, negro a fuerza de dedo. Atájese este resumen: los tiras me tienen putrefacto y empiezo a quedarme en llanta. Pero yo me digo: reíte, Rigoletto, y el abajo firmante no se duerme en los laureles; cacha el ghifún y el invernizzio, se instala en el ocho en línea, y se manda cada visita que ni viajante del Boccanegra. Así ha juntado una porción de datos que usted se queda como colonia de niños débiles y no sabe



para dónde agarrar. La buena sudada ya la efectué; para lo que falta, hasta un sonso; yo le endoso los datos, usted sienta plaza de batería de cocina y listo el orpington leonado. Empecemos por el judío, que siempre viene a ser una obsesión entre ceja y ceja: no me descuide al quimicointas Jamboneau, que es el tigre de las tostadas. ¡No es de los que se achican en el Peduto cuando el de olor a pata viene con la tapioca senza garbanzos! Si usted lo viera embalsamarse de pan lactal, cuando no de torrejitas o pan rallado, se corre a la farmacia Scannapieco, y le prohíben la balanza, visto y considerando el

adiposo. Erna, la hermana del Sinagoga, que la conozco por foto de lengüita, es otra hincha de la manyatina y le dio Firestone a Le Fanu, que en *illo tempore* era el taita de *Unter den Linden* y ahora entregó la Pascualina. La tipa, so pretexto de los trillizos, que ya eran la alegría de los abuelos, lo llevó fácil al registro, cortando de raíz los movimientos migratorios que ni siquiera maquinaba el otario. El punto le dio el apellido a la Fritza, le abrió un departamento en pleno riñón de una barriada posta, le conchabó una familia de sordomudos que lo mismo servían para desatascar el de marmolina que

para obstruir el paso a los tíos carnales, le sacó un abono de acomodadora para la carrera de los seis días y sin esperar el resultado se metió como un buraco en la Academia Kierkegaard de Prestidigitación Holandesa: asignatura a la que debió renunciar, debido a que se repatrió a esta República en un buque de hacienda en bretes, acondicionado en una valija de cuero imitación, de proporciones en las que está probado que no cabía. Medio se desentumeció en el Alvear, donde unos masajistas ortopédicos lo pusieron en forma, y casi me lo convierten en Asplanato, el Hombre Culebra. Globos y fiorituras

aparte, ¿qué hace el tipo derecho cuando un careta espantoso le da el puro de oliva a su hermana, aunque sea una Ribecas desorejada, dejándole la panza como zapallo, y la cuenta del Atmosférico por encarar, en un barrio que hay que sacar patente de tirifilo para pasar como un zumbido? Cacha el piróscafo en Hamburgo, se manda un patronímico fantasioso y desembarca hecho un animal con polainas en el Hotel Ragusa, donde vegeta oscuramente hasta que un pibe pierna le pasa la idea fija de chantajearlo suavemente al cuñado. Al año se saca la lotería: el cuñado, alias Le Fanu, resuelve maridarse con la

Pampita, en categoría de bígamo, abriendo nuevos horizontes proficuos a las actividades del coso. Tanta leche le trastorna el marote: en el calor del petitorio se le va la mano y se malquista feo con la propia incubadora de los huevos de oro.

—Pare el zaino, joven —observó el criminólogo—: No se me pierda como bollo en un gordo. Le pido una aclaratoria: ¿usted me habla como un pitoniso, de pálpito, o esa fábula tan cantora tiene algo que ver con el sucedido?

—¿Cómo no va a tener que ver, don Ushuaia, si ahí los tiene al Jamoncito y

al extinto en un *clinch* cerrado? Le pido que me crea al peso: el indio Frogman, que es un testigo Marca Chanco y que lo tenía atravesado en el de hacer gárgaras al *reverteris* Le Fanu, se mandó una declaración que hace *goal*: haciendo caso omiso de intrusos que no vienen a cuento, el primer accesorio con que topó, acto continuo de manyar el cadaverino, fue (reserve un *pullman* para la sorpresa bomba del día) el *delikatessen* de importación Jamboneau. Con usted, viejito, que me está resultando un Sexton Blake en camiseta, va muerto el que le venga con el floreo de que el judío era un transeúnte casual.

Ah, tigre, usted a mí no me engrupe; ya está por mandarse el explosivo de que el asesino es el israelita que le hizo estirar la pata. Mire, usted me clasificará de colifato, pero tan siquiera en este punto estamos de acuerdo. El asesino es Kuno Fingermann ¡ja, ja, ja!

Con el incontenible dedo índice, el doctor Barreiro ensayó unas estocadas festivas en el abdomen de Parodi.

—¡Salutaris, galerómano, salutaris!

Este último epigrama de Barreiro no se dirigía al inamovible detective, sino a un sólido caballero obeso-pecoso, que portaba sin afectación una galera fumigada, un cuello marca Dogo, con

devolución a hora fija, una corbata de látex inodoro, guantes Mole, con dedo gordo, un cigarrillo Cacaseno, en buen uso, un sobretodo-pantalón de confección Relámpago, polainas de fieltro animal Inurbanus, y botines Pecus, de cartón para estopa. Este financista era Kuno Fingermann, alias Marsopa Fingermann, alias Cada Lechón.

—*Zait gezunt un shtark*, compatriotas —dijo con una voz de argamasa—. Bajo un punto de vista transaccional, esta visita comporta un déficit que propongo al mejor postor. Dado el pulso de la plaza, ustedes



computarán en metálico el coste del más leve relajamiento de mi ojo clínico sobre el panorama bursátil. Yo soy materialmente un tanque en línea recta: enfoco una sensible pérdida, pero a condición, ¡qué canastos!, de resarcirme con usura. No soy un quimérico, señor Parodi: le someto un proyecto ya estructurado, del que paso a dar cuenta con mi consuetudinaria franqueza, porque lo registré sin más trámite y el doctor Barreiro no podrá sorprender mi buena fe, quiero decir robarlo.

—Qué te voy a robar, qué te voy — rezongó el jurisconsulto—. Si no te queda más que la caspa, para hacer

Brancato.

—Usted me juzga mal, doctor, al presentarme una polémica que no va a engrosar mi peculio. Al grano, al grano. Conglutinemos nuestra potencia, señor Parodi: usted pone la materia gris, yo la retaguardia en efectivo, y abrimos un despacho central, con todos los dispositivos modernos, de investigaciones confidenciales y policiales. Lo primero, un dique a los gastos: corto el nudo gordiano de la carga del alquiler: usted sigue aquí, como si tal cosa, a cargo del gobierno. Yo me movilizo...

—A pata tendrá que ser —

interrumpió Barreiro—... si no te llama el negocio del queso.

—O en su coche automóvil, doctor Barreiro, ahora que usted procedió a la recolección en Warnes. En cuanto a esa ropa que por el momento lo engorda, abra el ojo no vuelva usted a ingresar por derecho propio en la fila de los nudistas.

Barreiro arbitró con magnanimidad:

—No tires el chivatazo, don Varsovia. Ahora que te pusieron la chapa de pato crónico, no te desacates, mascafrecho.

—Mi primer aporte a nuestra razón social —prosiguió, impasible,

Fingermann, dirigiéndose a don Isidro— es la formal denuncia del malhechor. A usted, Parodi, le traspaso esta confianza que podrá confirmarla hasta el punto de saturación en las crónicas pertinentes de los periódicos. La noche misma del suceso, ¿con quién topo en los perímetros del cadáver? Con ese pogramizable Frogman, que me tuvo que acompañar a la comisaría en su calidad de sospechoso. Mi coartada no admite solución de continuidad: yo me transportaba a pie por el bajo, cosa de no perder el quiosco gratis de la frau Bimbo De Kruif. Usted ya está rumiando en la caja craneana que el caso Frogman

es muy otro. No seré yo el que voy a combatir su idea fija de que Frogman es el asesino. Ese Maenneken Piss se fatigó de que el sacrificado lo tratara como la suela de zapato que es; tomó el revólver que los policistas no supieron percibir en el barro y se lo explotó en la frente: Pum, pum, pum.

—Rusómano, sabes que te encuentro acertado —comentó calurosamente Barreiro—. Vení que te dé una palmada para que se te bajen las grasas.

En eso entorpeció la celda un tercer caballero: Marcelo N. Frogman, alias Cebolla Tibetana.

—Carambita, señor Parodi,

carambita —dijo con dulcísima voz—. No me rete por haberme presentado en el veranillo, que es cuando me pongo más rancio. A usted doctor Barreiro, a usted doctor Kuno, si no les doy la mano todos saben que es para no engrudarlos, pero guardando la distancia les pido la bendición, padrinos. Un ratito, que me pongo en cuclillas; otro, que se me pase la miedorrea de entrar en su domicilio penal, señor Parodi, y de abocarme a estos dos mentores, que lo mismo ayudan con un consejo que con un coscorrón. Yo siempre digo que es mejor que a uno lo castiguen de entrada, y no estar en el banco de la paciencia

esperando el primer tincazo.

—Si querés que te carbure, no espero el petitorio —dijo Barreiro—. Por algo me llaman el pibe Pestalozzi.

—No me conceda tanta beligerancia, doctor —razonó el indianista—. Si quiere darse el gusto de sacarme la chocolata, ¿por qué de un contragolpe no le mete la ñata para adentro al doctor Bonfanti?

—Ahora que soy un fabulista que habla con animales —dictaminó Parodi—, le voy a preguntar si también usted, don Lugar Sagrado, me viene con el dato de quién le dio el pase al extinto.

—Me pongo tan contento que se me

cae la boca con la baba —aplaudíó Frogman—. Por eso vine patinando hasta aquí en la grasita de los pieses. Vez pasada me dormí comiendo salame y mandado a guardar en la cuchita que ni asomaba el resuello, tuve un sueño que es cómico porque vi como en letras que hasta un anteojudo las ve, toda la jugarreta del crimen y me desperté temblando como Pancita de Gelatina. Claro que un charrúa de ley, como este servidor, no se fatiga el coco estudiando sueños y lobisones. Hace tiempo que sin permitirme ni un ay, les vicho los movimientos a los gallegos. Yo le suplico a pie juntillas, señor Parodi, que



se embuche el infundio que le mando si ahora lo dejo como un pollito deshuesado con la noticia de que había un traidor en la tribu. Como siempre, la maroma se vino con el problema del cucurucho. Usted sabe, el colega Bicicleta festeja el 9 de mayo como un monótono, porque ese día es el cumpleaños. Nosotros vuelta a vuelta lo sorprendemos con un cartucho de surtidos. Con la escoba tiramos la suerte a quién le tocaba ser el valiente que ocurriera a la Caja de dos a cuatro para solicitar del tesorero el importe del confitero. ¡Le tocó a un servidor! Mi testigo es el mismo tesorero, doctor aquí

presente Kuno Fingermann, que no me dejará mentir si les digo que me sacó a media rienda con el dato que no había meneguina para entintar los boletines de propaganda, cuantimás para que nos enmeláramos todos. Yo les levanto a ustedes la encuesta: ¿Quién operó, esa vuelta, el desfalco? Hasta un gringuito nene lo sabe: Mario Bonfanti. Ustedes, claro que me dejarán más mudo que buzón colorado, con el retruque fácil de que Bonfanti era el tigre del nativismo, como lo está cantando este recorte a dedo, arrugado, de nuestro hebdomadario jeringa, *El Malón*, que ya no levanta cabeza, dijera el Nano

Frambuesa: «Quienes azacanadamente regruñen que es de novacheleros el afán de sopalancar y engreír la novísima parla indocastellana, muy a las claras patentizan su mustia condición de antañones, cuando no de pilongos y desmarridos».

»Ustedes me joden fácil con el movimiento de pinzas de que Bonfanti está recubierto por la ropa interior de punto unido, que más bien parece una oveja de lana entera, que no precisa recurrir al desfalco, pero yo por milagro me les escurro y antes de esfumarme en la lontananza, respetuosamente bato: Vuelta a vuelta bastaba que un servidor

se derritiera en un mar de lágrimas o arrancara de la gargantina u garganta, un sollozo viril, para que el gallegáceo me cediera la chirolita para el queso cuando no un cartuchino de migas para el pájaro al paso que yo, atento a la pancita, aprovechaba para hacer sopita. Por algo siempre me decían que meter llave en cerradura era abocarse al riesgo cien por cien de operarme gratis las cataratas, cuando no de rasguñarme el ojito que ocupaba su puesto lo más atento. Yo no les voy a negar que al solo olor de las chirolas, o a su peso en queso, yo me reía como si viajara en tranvía; pero también me daba cuerda la

ilusión de desenmascarar a ese pródigo con la biyuya ajena. No me venga con la historieta en colores que un hombre que ha sudado la gota gorda para ganarse, honesta o deshonestamente, el centavo, no va a despilfarrarlo después con el primer farabute que le manda la parte. Para mí que la pescó el que hace nono en la Recoleta y que el franquista lo mató con el matagato para que no les batiera la mugre a los vigilantes.

La puerta de la estrecha celda se abrió. A primera vista, los apretujados creyeron que el nuevo intruso era un gallardo antropomorfo; minutos después, el juicioso desmayo de Marcelo N.

Frogman, alias Pobre Mi Napia Querida, corrigió ese ligerísimo error. El doctor Mario Bonfanti —que, según su donairoso decir «maridaba la rauda gorra-visera del chofer con el guardapolvo talar del traga-libros papandujo cuando no del desarrinconado viajero»— se introdujo en el angustioso recinto, salvo hombro izquierdo, brazo derecho y mano tenaz que empuñaba su buen busto alcancía de barro cocido: ¡un don Federico de Onís a todo color con el que hiciera sus primeras armas de artifex ese protagonista de la cacofonía y del caos que porta con su frente bien alta el

apropiado nombre de Jorge Carrera Andrada!

—Buenos días tengamos todos; yo en la boñiga hasta los codos —dijo oportunamente Bonfanti—. Echará usted más rebufes que jarameño, maese Parodi, al ver que sin decir oxe ni moxe me he zampuzado aquí de hoz y de coz. Clamo y proclamo que no es escrúpulo de Marigargajo el que me empoza, mal de mi grado, en el tótum revolútum de ese zaquizamí. Un puntillo encomiable me espolea: el cesáreo mandato de la honrosidad. No hablo de papo si le digo que para encobijar a terceros de las zafias embestidas de la

facecia, no he vacilado en imponer un paréntesis de galvana a mis eruditas fajinas de catedrático. Bien dijo nuestro José Enrique Rodó que renovarse es vivir; yo mismo, días ha (para ser más exacto, el día preciso en que aquel enfadoso Le Fanu las pagó todas juntas) quise desmomificar el caletre, desmocarne de telarañas y de antiguallas, jubilarme de cachivache y lanzar la primera de una sarta de chácharas caprichiformes que, bajo un barniz de camelo, dan al traste con la cautela del avisado y le hacen engullir sin bascas la acerba píldora de una saludable doctrina. Esa tarde hartó me



refocilaba yo con el designio de cabecear un sueño, repantigado en las retahiladas butacas del Select Buen Orden, que no las pergeñara mejor el propio Procusto, cuando me descuajó de ese nimbo un telefonema suasorio, que en menos que baila un conde despanzurró tan malogrado proyecto. Ni la sesuda plana de Samaniego sería poderosa para pintar mi alborozo. En efecto, telefonaba en mi oído la voz inconfundible de Francisco Vighi Fernández, quien, en nombre del personal de limpieza del Ateneo Samaniego, me comunicaba haber sido aprobada por mayoría de uno la ponenda

de que yo dictara esa misma noche una adoctrinada conferencia sobre el alcance paremiológico de la obra de Balmes. Sin ambages franqueaban a mi facundia el atestado paraninfo de esa casa de estudios, que, sin dársele una higa del reburujado rebullicio de la urbe, erige, airosa, su fachada en la postrimerías del futuro Bosque del Sur. Otro que yo, ante lo perentorio del plazo, se hubiera desgargantado a zollipos, no así el filólogo calibrado para estas lides, que tiene domeñado ya a su fichero y que, en un santiamén, de cabo a rabo ordeña las solapas del mamotreto pertinente de J. Maspons y

Camarasa. Espíritus llevadizos, voltarios (el propio De Gubernatis, generalicemos) suelen despellejarse de risa ante el solo membrete, marbete, sello, rótulo o rotulata, de esos ateneos periféricos, pero fuerza es reconocer que los muy taimados suelen en ocasiones evidenciar que saben más que Lepe, que no ladran porque no se estila, y que en trance de elegir un orador bonísimo, no se trabucan y me echan el anzuelo. Antes que la maritornes plantificara en mi mesa escritorio el condumio de callos condimentados con salsa ravigote, a los que muy presto siguió la consabida fuente de callos a la

leonesa, con su sal, su cebolla y su perejil, había yo rematado en una prosa más nutricia que el tercer plato (callos a la madrileña) unas ochenta fojas de enseñanza, de noticia, de gracejo de seminario. Las releí, las adobé de chascos vascongados para desarrugar el ceño de los Aristarcos o Zoilos; me descerrajé un par de azumbres de caldo de pescado, a las que mitigué, ya envainado en camisetas, con humeantes tazones de chocolate con soconusco, y partí, acogotado por las bufandas, en un concurrido tranvía que echaba raíces en las calles que ablandaba el estío.

»Apenas hubimos dejado a la zaga la

parte trasera de los fondos de la Oficina Recaudadora del Producido de la Enajenación de los Subproductos Seleccionados de los Residuos Domiciliarios cuando a la densa población de basureros que henchían por igual, asientos, plataforma y pasillos, se acumuló una pertinaz turbamulta de acopiadores de aves y huevos que, no desprovistos de jaulones donde sabían a gloria los cacareos, no dejaban resquicio del convoy que no empapujaran de maíz, de pluma o de guano. Por de contado, tantos gallipavos a trochemoche despertaron mi hambruna y me congojé de no haber rellenado las

mochilas con raciones de queso de Cabrales, de Burriana, de pata de mulo. Puesto el ánimo en tales engañifas, agua se me hacía la boca y así no es maravilla que me desatascara del coche de tranvía con errada anticipación, por fortuna a mezquina distancia de un figón que me revolvió los humores con la italianizante enseña de *Pizzería* y donde, a trueque de unos monises, hice acopio de musarellas y pizzas, italianismos que el fogueado filólogo usa con desenfado en las mismas barbas del Diccionario de la Lengua. En esa o parecida oficina me zampé, poco después, hasta copón y medio de Chissotti azucarado, con su

implícito séquito de turrones, pastelones y pastelillos. Entre bocado y bocado (de la merienda), tuve, Dios sea loado, la precaución de sonsacar a unos bribonazos el itinerario puntual de la caminata que me transportaría al Ateneo. Éstos, ni cortos ni perezosos, me contestaron, bajo emblema de pedorretas, que lo desconocían de todo punto. Tan menguado favor otorgan a esas Salamancas *sui generis* aquellos mismos que debieran ponerlas sobre sus cabezas. ¡Tan menesteroso es su léxico, tan paupérrima su copia de voces! Para dejar las cosas en claro les ponderé lo feo de que ignoraran el Ateneo donde yo

estaba a pique de pronunciar una conferencia sobre el filósofo de Vich, el sazonado autor de *Celibato clerical*, y antes de que salieran ellos de su respetuoso estupor, salí yo del tupi y me rehundí en las sudorosas tinieblas.

—Si no espirajushiás a la minuta —dijo el doctor Barreiro—, los chichipíos de la borrachería te sacan a media rienda.

El filólogo replicó:

—Pero botero en el torreón, y yo por escotillón. Con buen talante acometí la escasa legua y media de posta que vanamente entreponía sus pegujales, peñascales y barrizales, entre este cura y



el ávido concurso de estudiosos que en el Ateneo le aguardaban con tal prurito y comezón que no se mostraran más azogados si el mismo Briján fuera a edificarles. Airoso y galán, rodé por una zanja de desagüe que se me antojó más profunda que la propia cueva de Montesinos, de felice recordación. Tampoco me desatendía el verano que, a moflete redondo, me descargaba recias y renegridas emisiones de viento Norte, vivificadas de mosquitos y moscas. Pero de hora en hora Dios mejora, y así, cayendo y levantando, hice buena parte del camino, no sin que me arañaran las alambradas, me entretuvieran los

pantanos, me aceleraran las ortigas, me deshilaran los gozques y me mostrara la plenaria soledad su cara de hereje. Leonería, lo confieso, fue no cejar hasta coronar la meta: la exacta calle, el número preciso que el guasón del teléfono me indicara, si es que de calles y de números cabe hablar en ese retirado desierto donde no hay otro número que el infinito ni otra calle que el mundo. No tardé en comprender que el tal Ateneo, con sus butacas, sus Vighi Fernández y su paraninfo, no era más que el piadoso artilugio de quienes se desvivían por oírme y habían tramado esa cadena de embustes para empozarme

en el enjundioso trabajo, quieras que no.

—¡Una broma, toda una *plaisanterie* de buen gusto! —murmuró un caballero de polainas gris perla y de sedoso bigote, que, con una destreza punto menos que de contorsionista, había agregado al cenáculo una interesante personalidad. En efecto, hacía nueve minutos que Montenegro, envuelto en la azulada nube habanera, escuchaba con visible paciencia.

—Eso barrunté yo y casi me desmenuzo de risa —replicó Bonfanti—. Calé que me habían dado la castaña. Mezquino, temí que al retomar la *vía crucis* el calor me amolleciera las

grasas, pero determinó mi buena estrella que tal no aconteciese, porque una nube de verano hizo de la llanada un piélagos, de mi altiva chistera un bobísimo gorro de papel, de mis bufandas un sistema de líquenes, de mi esqueleto un trapo mojado, de mi calzado un pie, de mi pie, burbujas. Así, *in gurgite vasto*, la aurora que por fin besó mi frente, besó a un anfibio.

—Para mí que vino más mojado que pañal de guagua —opinó Frogman momentáneamente infiel al desmayo—. Su mamama, que no nos cuesta nada treparnos hasta el teléfono y molestarla, todavía es capaz de que se acuerda de la

raspa que le pegó cuando volvió hecho sopa.

El doctor Barreiro aprobó:

—La acertaste, hediondo. Quién le va a pedir a Chamuyo al Pedo que se mande una perorata.

—Adhiero con escasas reservas —susurró Montenegro—. Se trata a todas luces de un caso de... *imposibilidad psicológica*.

—Vamos, que no diquelan —protestó Bonfanti, con simpática indignación—. Barrunto que los patosos de tan inverosímil Ateneo no aspiraban amamantarse a mis pechos; antes les atenaceaba el prurito de estar de bulla,

de venirse con cuchufletas, de tener buenas salidas, buenos golpes, buenas caídas, etc., de ser un lagarto, un trucha.

El doctor Barreiro dictaminó:

—Si el gallegáceo se manda otra maratón con la lengua, me doy de baja.

—En efecto —aprobó Montenegro—. Acatando la voluntad de los más, me constituyo en maestro de ceremonias, y doy la palabra, siquiera por el transitorio minuto, al *maître de maison*, que se evadirá, no vacilo en pronosticarlo, de la ebúrnea torre de marfil donde tarde o temprano se recoge todo Gran Silencioso.

—Por mí gane esa torre cuanto antes

—opinó don Isidro—, pero mientras no le da descanso a la perorata, aproveche para declarar sus movimientos en la noche de referencia.

—Por cierto que esa diana resuena como un tónico en los oídos del veterano de más de un *racontar* —admitió Montenegro—. Previa mi indeclinable renuncia a los engañosos boatos de la retórica, doy curso a una científica exposición que se ufanará tan sólo con la austera belleza de la verdad, amenizada, *noblesse oblige*, de toda suerte de arabescos y galas.

Frogman, *sotto voce*, intervino:

—Para mí que se va a mandar cada

mongolfiero que ni Santos Dumont.

—Inútil embaucar el espíritu — prosiguió Montenegro— con la *baliverne* de que algún pájaro agorero anunciara, contados minutos antes del hecho, la muerte del amigo. En lugar de tan hipotético pajarraco (lóbregas y extensas las alas contra el cielo turquesa, corva cimitarra por pico, crueles las garras) golpeó a mi puerta el impersonal cartero de Chesterton, portador, esta vez, de un discreto sobre, largo como un lebel y azul como la momentánea voluta. Por cierto que el membrete (escudete de sesenta y cuatro cuarteles, con *chevron* y orla) no bastó a



saciar la curiosidad de este infatigable bibliófago. A duras penas otorgando un vistazo a ese jeroglífico, *suranné*, preferí encararme con el texto, más sugerente y más comunicativo, a las veces, que toda la faramalla del sobre. En efecto, tras un solo bostezo, comprobé que mi corresponsal era ¡diablo de mujer! esa electrizante *baronne* Puffendorf-Duvernois que, sin duda ignorando que yo acariciaba el irrevocable propósito de consagrar esa noche a la Patria (en forma de un «Suceso Argentino» que gallardamente prolongara en el celuloide cierto desfile más o menos gauchesco), me convidaba

a expertizar un ejemplar apócrifo del penúltimo silabario de Paul Éluard. En un plausible arranque de franqueza, la dama no olvidó en el tintero dos circunstancias que bien pudieron sofrenar al más garifo: la lejanía de su quinta —*el Mirador*, ustedes no me dejarán mentir, está en Merlo—; el hecho de que sólo podría brindarme un copón de Tokay, 1891, pues la servidumbre había desertado *en masse*, rumbo a quién sabe qué adefesio de la cinematografía vernácula. Pulso la ansiedad de todos ustedes; los cuernos del dilema ya se perfilan. ¿El folleto o el film, ser un espectador en la sombra o

un Radamante en el Parnaso? Por increíble que os parezca, me negué a los placeres del cacumen; el niño que bajo el más nevado bigote sigue fiel a los *cowboys*, a Carlitos ¡y al chocolatinero! se llevó la palma esa noche. Decididamente, la hora de la revelación ha sonado: me encaminé, *homo sum*, al cinematógrafo.

Don Isidro pareció interesado. Con su habitual dulzura propuso:

—A volar que hay chinches. Si no despejan sobre tablas este local, lo voy a destacar a don Frogman para que los disuelva a pedos.

A este conjuro Frogman se

incorporó, se cuadró e hizo a manotones la venia.

—Disponga de este franco tirador —exclamó entre sus propios hurras.

Una unánime corriente migratoria lo derribó. Bonfanti, sin hacer alto, gritaba sobre el hombro:

—¡Norabuena, don Isidro, norabonísima! ¡Voto a Rus que este lance patentiza muy a las claras que vusted se sabe de coro el vigésimo capítulo de la primera parte de la obra del *Quijote*!

Impetuoso en la fuga, Montenegro estaba por rebasar la doble papada del doctor Kuno Fingermann, alias De las

Aves que Vuelan, cuando una admonición de don Isidro lo salvó de una nueva zancadilla que le tenía preparada el Potranco Barreiro, alias Tracción a Sangre.

—No se me traspapele, don Montenegro, que en cuanto nos libremos de estos herejes la vamos a platicar mano a mano.

De la turba de visitantes sólo quedaban Montenegro y Frogman, alias Caballeros. Éste seguía haciendo visajes; Parodi le ordenó que se perdiera de vista; la invitación contó con el repetido apoyo del bastón-cigarrera de Montenegro.

—Ahora que ha disminuido la sarna —observó el recluso— dé por olvidada la fábula que nos endilgó y cuente la verdad de lo que le sucedió aquella noche.

Montenegro, embelesado, encendió un Extracorto de Pernambuco y no tardó en asumir la posición preliminar del orador de segunda fila José Gallostra y Frau. Su discurso, atinado y medular, quedó tronchado de raíz por la calmosa intervención de su oyente. Éste dijo:

—Mire, la carta de la señora extranjera era una invitación a las vías del hecho. Yo, francamente, dificulto que usted, que siempre anda como si lo

racionaran con maíz, pasara por alto ese envite, máxime si me acuerdo que desde la noche aquella en que Harrap lo guardó en la letrina usted se quedó medio prendado.

—Mi palabra de estímulo — prometió Montenegro—. En efecto, el hombre de salón más bien parece un escenario giratorio. Una cosa es la *devanture*, el vistoso escaparate que preparamos para el ave de paso, el transeúnte; otra, el confesionario que tenemos a disposición del amigo. Doy curso al cronicón *verídico* de esa noche. Como su *flair* acaso adivina, el ávido buceador de emociones que es, en

última instancia, el resorte de mi conducta, guió mis pasos a la Estación del Once: mero trampolín, *inter nos*, para arrojarme sin ambages sobre la vecina localidad de Merlo. Llegué poco antes de las doce. El calor feral y ardoroso, que yo diestramente capeara con el jipijapa y el brin, era todo una anticipación de la ya inevitable *nuit d'amour*.

»El bebé del carcaj protege a sus fieles: destartalado *break* que muy en breve lograría desplazar a una yunta de jamelgos retardatarios, parecía aguardarme bajo los plátanos, coronado por el típico auriga, en este caso un



venerable sacerdote de sotana y breviario. Atravesamos, rumbo al *Mirador*, le confío, la plaza principal. La profusa iluminación, las banderas y las guirnaldas, la peligrosa banda de música, el gentío, las locomotoras maniceras, los perros sueltos, el festivo palco de madera con su tripulación de militares, no eludieron, por cierto, la vigilancia de mi desvelado monóculo. Una pregunta al caso bastó para despejar esa incógnita: el cochero-cura confesó, mal de su grado, que se corría, en la fecha, la penúltima marathón nocturna de la quincena. Reconozcamos, ponderable Parodi, que no me fue

posible escamotear una carcajada indulgente. Cuadro que es todo un síntoma: ¡en el instante mismo en que el ejército renuncia a los rigores castrenses para transmitirse de generación en generación la antorcha sacra de una soberanía bien entendida, unos rurales pierden la compostura y el... tiempo entre los dédalos y meandros de una topografía decididamente barroca!

»Pero la torre del *Mirador* ya surgía tras la cortina de laureles, el coche que me transportaba se detuvo; posé los labios en el *billet doux* de la cita, abrí la portezuela, musité las palabras *Venus, ad-sum*, y salté, ágil, en el centro de un

charco de aguas bituminosas cuyas primeras napas de verdín perforé sin esfuerzo. ¿Me atreveré a confiarle que ese interludio submarino duró muy poco? Brazos tenaces me extrajeron, pertenecían a ese samaritano inquietante que se llama el coronel Harrap. Sin duda temeroso de una formidable reacción del mago de la *savate*. Harrap y el falso auriga (que no era otro que mi proverbial enemigo, el padre Brown<sup>[5]</sup>) me escoltaron a puntapiés hasta el dormitorio del Hada Puffendorf. Gallarda fusta prolongaba el brazo de la dama, pero una ventana abierta, que se daba entera a la luna y a los pinares, me

distrajo con toda la seducción del *grand air*. Sin permitirme un solo adiós, un perdón, una ironía aterciopelada o sangrienta, salté a la noche del jardín y huí entre los canteros. Capitán de una cáfila de perros que se multiplicaban con los ladridos, gané los invernáculos, los almácigos, las colmenas castradas, las zanjas-canaletas, la verja lanceolada, por fin, la calle. Inútil negarlo: esa noche me favorecía el destino. Los excesos de ropa, que hubieran entorpecido el progreso de otro menos ágil que yo, me fueron gradualmente aligerados por las certeras dentelladas de mi jauría. Ya las clásicas

verjas de las quintas habían cedido su lugar a las Grandes Fábricas Pecus, las Grandes Fábricas a las cantinas La Hostia al Paso, las cantinas a los insustanciales quilombillos de la periferia, los quilombillos a la manipostería y al macadam, y todavía yo arrastraba, sin desmayar, mi clamorosa estela de perros. Sin detenerme constaté que un aporte de modulaciones humanas enriquecía el tumulto animal a mi retaguardia; encaré con verdadero disgusto la posibilidad de que esos estridentes fueran el coronel y el cochero-cura. Corrí ofuscado por la luz; corrí entre vítores y plácemes, corrí

hasta más allá de la meta; corrí hasta que lograron detenerme las bahías de los abrazos y la imposición de la medalla y pavo cebado. Haciendo caso omiso de la protesta de los otros mordidos y del chubasco subitáneo que enjugara la frente del campeón momentos antes de arroparlo en su tonitruante capa pluvial, el jurado, que por derecho propio presidía cierta *rara avis* de las inolvidables tertulias de Juan P. Pees, me declaró por unanimidad de sufragios vencedor absoluto de la maratón.

# VI

*Fragmento de una carta del doctor Ladislao Barreiro, fechada en Montevideo, que don Isidro Parodi recibió el 1.º de julio de 1945:*

«... con la sorpresa que le remito no le van a negar cama en la enfermería. Rómpase la encefálica, pero aquí me tiene cumpliendo la palabra de caballero, sin que las circunstancias me presionen. No se ponga orsay con la mitología de que yo me mando la parte: lo que le plantifico a continuación es una confesión Marca Chancho.

»El firmante le endilga este chorizo desde su bufete copero, con vista... a un *ouro verde do Brasil* que dejó el mercado sin achicoria.

»Después de nuestro cambio de ideas, me corrí a esta banda. Cumplí como un reloj sus instrucciones, yo sabía que usted no iba a batir la mugre. La vuelta que usted me tuvo contra las cuerdas, le detallé con toda franqueza mi intervención en el lamentable suceso; ahora lo pongo en letras de molde, cosa que algún caído del catre no vaya a quedar ensuciado.

»Como usted lo pescó volando bajito, todo el batifondo giró sobre el



cuento en colores del inglés asesinado en una glorieta, que yo le metí entre la caspa y el cogote al pobre tumbófilo.

»Primer acto. El telón se levanta sobre una biblioteca rasposa. Yo la dirigía sin más laburo que absorber el importe de los libros. Aparece el batintín (Le Fanu, de nombre) y a fuerza de calumnias me labra una atmósfera decididamente hostil en el Ministerio. ¿Cuál es el miserable premio de esa traición a un desconocido? Lo digo a quien quiera oírme: salí como letrinazo.

»A usted le consta que para recordar una ofensa yo me río de la escuela de memoristas. A inquisoso, le corro a

Paavo Nurmi, con sobretodo puesto. Aunque usted se tapone el entendimiento, le juro por los dineros de San Juan que juré no poner los pedestres en el Perosio antes de ajustar cuentas con Le Fanu. Cuando me exoneraron, por poco le pregunto al noticioso si lo quería de Chippendale.

»Pero su muy seguro no se acalora. La relojea más tranquilo que juez de raya. De tanto esperar sentado estaba todo brotado de hojas, cuando me tocó la grande en forma de un judío panza pecosa, que se vino de Hamburgo con una partida de guano en devolución. Sin que mediara intimidación de mi parte, el

Moisés se reveló como un caballero, dándome el alegrón de que Le Fanu, que ya tenía hora con el obispo, para el contubernio con la Pampita, en años de garufienta juventud había tomado estado en Berlín y era el maridante de su señora hermana, una hebraica desorejada que portaba a todas luces su nombre de Erna Fingermann de Le Fanu. Yo, cosa de retribuir la confianza, le barrené en la testoni la desinteresada sugestión que lo chantajeara al mormonizante, no sin la ranada mefistofélica que el ruso le sacara unos pesos.

»De la victoria moral que la

manganeta del ruso me representaba, pude pasar muy pronto a los papeles. Le Fanu, que era la imagen de la curiosidad con cuello duro, descubrió que Fingermann, que hacía las veces de tesorero de la A. A. A., se había mandado un desfalco patrio.

»No crea que la noticia me alteró el pulso: di sogá al *morituri te salutant*, jurándole por su cara de upite que yo le encajaría la gran sofrenada del siglo al tesorieri. A las primeras de cambio, tomé de sobrepique la coyuntura del Día del Suboficial y me di traslado a Acassuso: domicilio legal donde pernocta el ruso senza caperuzza. Le

presenté un cuadro clínico de contornos francamente atrayentes, que lo dejó deshidratado. Le apliqué la marimba guatemalteca de hacerle llegar al testuz que para mí el desfalco era un secreto: era manyatina vieja. A renglón seguido, le apropié la gran verdad que el silencio es oro, y que para obturarme la boca tenía que convertirse *ipso facto* en una de mis propiedades muebles, que redituara mensualmente una entrada bruta de coronel de administración. El deglute-kosher no tuvo más remedio que abrir la llave de paso y transferirme, mes a mes, la ventolina que le abonaba el bígamo en concepto de chantaje. Así

el parásito insaciable dio en la sana costumbre de garpar cada treinta y uno, cuando no cada treinta, con la ilusión que lo tenía bizco de que yo no le fuera a Le Fanu con el cuento del desfalco, que el mismo Le Fanu me había divulgado.

»Pero vaya a hacerse manteca con el alegrón de que duraron esos buenos tiempos. Le Fanu, que para meter la pituitaria donde no lo llaman es peor que perro longaniza, dio crédito a quién sabe qué miserable calumnia y se corrió la fija de acusarme cara a cara que yo estaba bombeando al rusómano. Para que se mudara de tema, opté por

abonarle como un inglés el importe del bombeo, lo que permitió la formación de un circuito cerrado, porque lo que Le Fanu le abonaba al ruso, el ruso me lo abonaba abajo firmante, y el abajo firmante a Le Fanu.

»Como siempre, el factor sinagoga vino a turbar ese delicado equilibrio. El angurriente de Fingermann extorsionó una elevación a potencia de la cuota que le cobraba a Le Fanu. Para que no digan que un criollo se queda atrás, yo también tuve que elevar mi tarifa, momento posta para darle el tijerazo al circuito.

»Yo decidí cumplir mi vieja aspiración de mandar a Le Fanu bajo la

terracota. Cuando leí, en lo del afeitante, el cuento del crimen en la glorieta, pensé en la de Loló y me hice la composición de lugar de que ahí, por una hendidura, yo también podía despacharlo a Le Fanu. Pero en esos días la Loló no andaba con él; andaba con el ruso. De este contratiempo preliminar, que a otro menos rana que yo lo deja de cama jaula, salió el plan fenómeno: sugerir a Tonio, mediante la somera indicación del cuento de la espada y de la glorieta, un procedimiento sin vuelta de hoja para matar a Bube, que era el estorbo que no le permitía efectuar el gran batacazo



social de maridarse con la Pampita. El criminal pescó al vuelo la sugestión; acondicionó, *pro domo sua*, un sistema de coartada que yo vine a usufructuar en última instancia; se citó en un cinematógrafo con su merza de acólitos; después con el anonimato, mandó a cada uno a los cuatro puntos cardinales, sabiendo que iban a ensartarse de una manera tan contundente que optarían por apoyarle, después, la coartada del cinematógrafo, con tal de no girarse en descubierto. En un porcentaje elevado anduvieron como sobre ruedas las cosas. Tonio cayó como un chorlito en el bajo con la facinerosa idea de liquidar

al pobre semita y con el bastón espada para preparar *alio spiedo* el *corpus delicti*; pero la Providencia no quiso que se ensuciara con esa fechoría, y desde atrás de un árbol pinté yo con el matagatos 45 que le perforó la sien. En cuanto al libro con el cuento de la glorieta, que Le Fanu, vía Frogman, le remitió a la supuesta víctima, me permito disentir de su mejor opinión. No lo mandó a título de compadrada, para que Investigaciones lo tuviera bajo el nasute y lo pasara por alto; dele vuelta al traje: fue una precaución de petizo esclavo: ¿en qué mate iba a caer que el delictuoso mandara la solución a la

policía, por medio de un zorrino patentado?

»Usted no va a negar que resultó un hecho de sangre que sale de lo ordinario, porque las precauciones y las coartadas y las matufias corrieron a cargo de la víctima».

*Pujato-La California-Quequén-  
Pujato. 1943-1945*



JORGE LUIS BORGES. Nació en Buenos Aires en 1899. Bilingüe por influencia de su abuela paterna, de origen inglés, aprendió a leer en este idioma antes que en castellano, hecho capital en el desarrollo de su escritura. En 1914 se instala con su familia en

Ginebra, ciudad en la que cursa el bachillerato. Pronto comienza a publicar poemas y manifiestos ultraístas en España, donde vive entre 1919 y 1921. A su regreso a Argentina, el redescubrimiento de su ciudad natal lo mueve a urdir versos que reúne en su primer libro, *Fervor de Buenos Aires* (1923). Dentro de su vasta producción cabe citar obras narrativas como *Historia universal de la infamia* (1935), *Ficciones* (1944), *El Aleph* (1949), *El informe de Brodie* (1970) y *El libro de arena* (1975); ensayos como *Discusión* (1932), *Historia de la eternidad* (1936) y *Otras inquisiciones*

(1952); y doce libros de poemas. Recibió numerosas distinciones y premios literarios en todo el mundo, entre los que destaca el Cervantes en 1980. Incontables estudios críticos dan testimonio de este creador extraordinario, traducido y leído en todo el mundo, un autor imprescindible del siglo XX. Falleció en Ginebra en 1986.

**ADOLFO BIOY CASARES.** Nació en Buenos Aires en 1914. En 1932 conoció a Borges, al que le unieron una afinidad literaria y una amistad poco comunes. Fue un maestro del cuento y de la novela breve. La agudeza de su inteligencia, el

tono satírico de su prosa y su imaginación visionaria le permitieron unir la alta literatura con la aceptación popular. La publicación de *La invención de Morel*, en 1940, marcó el verdadero comienzo de su carrera literaria. Le siguieron, entre otros libros, *El sueño de los héroes* (1954), *Diario de la guerra del cerdo* (1969), *Historias fantásticas* (1972) y *Dormir al sol* (1973). En 1990 fue distinguido con el Premio Cervantes. Falleció en Buenos Aires en 1999.

# Notas



[1] Valiente y oportuna sinécdoque, de donde se barrunta muy a las claras que el afortunado Sampaio no es de los afrancesados y gamilochos que ladronescaamente alargan la mano al pequeño Larousse, sino que ha bebido de hinojos la leche de Cervantes, copiosa y varonil si las hay. (*Nota evacuada por Mario Bonfanti, S. J.*)\*

\* Por un motivo que escapa a la perspicacia de esta Mesa de Correctores, el padre Mario Bonfanti, nerviosamente secundado por el señor Bernardo Sampaio, pretendió a última

hora retirar la nota anterior,  
abrumándonos con telegramas  
colacionados, cartas certificadas,  
mensajeros ciclistas, súplicas y  
amenazas. <<

[2] Trátase, a todas luces, del más rudimentario de los monóculos. Lo improvisó nuestro hombre con el pulgar y el índice, lo aplicó al ojo y, con un guiño, rió benévolamente. *Tout comprendre c'est tout pardonner. (Nota griffonnée por el doctor Gervasio Montenegro).* <<

[3] ¡El viejito las canta claro! (*Nota del prologuista*). <<

[4] Lo dijo por el cuello. (*Nota cedida por doña Mariana Ruiz Villalba de Anglada*). <<

[5] No, por cierto, el de Chesterton.  
*(Nota de puño y letra de Gervasio  
Montenegro).* <<